

Seleccion



CLARK CARRADOS

TRECE MONEDAS DE MUERTE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

254 — Al final de la noche, *Clark Carrados*.
255 — El estanque, *Ralph Barby*.
256 — ¡Arde, Diosa, arde!, *Clark Carrados*.
257 — Los sádicos, *Curtis Garland*.
258 — Macabra colección, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

TRECE MONEDAS DE MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 259
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.983 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Despertó aturdido, con la lengua convertida en una masa estropajosa y reseca, y ansiando disponer de un gran cántaro de agua con la que saciar la sed producida por el exceso de bebida. En los primeros momentos, Harvey Pitts trató de averiguar dónde se hallaba. Creyó oír voces en las inmediaciones, pero los efectos de la borrachera duraban aún y no tenía la seguridad de que sus sentidos se hallasen en buenas condiciones.

De momento, lo único que sabía Pitts era que se hallaba sobre la hierba y en medio de los árboles. Abrió un ojo y pudo distinguir arriba la luna en todo su esplendor. Debía de ser la medianoche o casi, pensó.

Movió la mano y tocó algo frío. Al mirar a un lado, vio que era la botella causante de sus males. La agitó un poco; allí ya no quedaba una sola gota de licor.

—Lástima —murmuró, mientras forcejeaba por levantarse.

Pero no pudo y tuvo que limitarse a quedar sentado, en espera de que la cabeza se le despejase. Todo le daba vueltas y durante unos momentos se sintió infernalmente mal. Harvey Pitts no se planteó el problema de abandonar el alcohol para siempre; sabía que, en cuanto dispusiera de algunas monedas, compraría otra botella... y vuelta a las andadas Hurgó en los bolsillos y maldijo entre dientes; sólo tenía fósforos. El paquete de tabaco debía habérsele caído en alguna parte. Y ahora, aunque había luna, ¿cómo diablos encontrarlo?

Las voces sonaron repentinamente a poca distancia.

Pitts alzó la cabeza. ¿Quién diablos canturreaba aquella estúpida melodía?

Algún chiflado... No, había más de uno. Y también una mujer. ¿O eran dos? Y ¿qué cantaban?

«¡Dios mío! Están peor que yo. Están llamando a...»

Y no se atrevió a completar su pensamiento, porque, de pronto, sintió mucho miedo. Aquellas gentes estaban locas. Pero, de pronto, se echó a reír. No, no había chifladuras; simplemente, se habían emborrachado también.

Las palabras que salían de las bocas eran aterradoras. Pitts, que tenía experiencia en toda clase de frases, no había oído nunca nada semejante, tan aterrador y... tan obsceno.

Aunque no se sentía muy tranquilo, decidió ver lo que sucedía. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Apartó unos ramajes, avanzó unos pasos y, de repente, se detuvo como petrificado por el asombro, más que por el horror.

Aquellas personas, hombres y mujeres... El los conocía a todos; eran gentes dignísimas, absolutamente respetables... y ahora, todos estaban desnudos por completo, bailando una danza infernal en torno a lo que parecía un altar hecho con dos gruesas tablas y cuatro ramas rectas a guisa de patas. Un poco más allá, una hoguera ardía con llamas verdes y azuladas.

Los ojos de Pitts estaban desmesuradamente abiertos. La severa y puritana señora Rourke..., ahora desnuda, sin dar la menor importancia a su estado, con los fláccidos pechos colgando repulsivamente en un cuerpo blando y fofo..., y el incorruptible señor Donken, grueso y seboso..., y la dulce y tímida Linda McBratt, hermosa como una gacela, con los senos jóvenes y firmes subiendo y bajando a causa de las contorsiones del baile..., y la hermosa señora Lainn, de pesados y redondos senos, codiciados por todos los varones de Claymore..., y su marido al lado, sin dar la menor importancia a la cosa...

De repente, oyó un balido Algo se movió cerca de Pitts. La danza se interrumpió de inmediato.

—¡Se escapa!

—¡Cogedle!

—¡No le dejéis escapar o nuestro Amo se quedará sin el sacrificio que le debemos!

Pero el corderillo, mal atado evidentemente, demostró su ligereza, desapareciendo con gran rapidez en la cercana espesura. Pitts, sorprendido? dejó que el animal pasara por su lado.

Un segundo después, tres o cuatro personas se detenían a su lado.

—¡Pitts! —exclamó uno.

—¡Vaya, el borracho del pueblo! —dijo otro.

—Nos ha sorprendido en nuestra reunión...

Una mano se apoyó sobre la sucia chaqueta de Pitts.

—Harvey, querido... —dijo la hermosa señora McBratt—, venga con nosotros.

—Sí —añadió su esposo—. Tomará parte en nuestra fiesta. Pitts se resistió

—Lo siento... Yo no quería mirar... Les aseguro que callaré; soy un hombre muy liberal y lo que hagan otros me tiene sin cuidado...

—Venga, Pitts —dijo la señora Rourke.

Pitts sintió que se le secaba nuevamente la boca y no por el exceso de alcohol. Una docena de manos tiraron de él, arrastrándole hacia el claro.

—Por favor, no, no... —gemía, ebrio de terror.

De súbito, aquellas manos le despojaron de sus ropas. Aunque se debatió con todas sus fuerzas, ellos eran muchos más y en pocos momentos se vio tendido sobre la mesa, a la que le habían atado con recias sogas.

Entonces, aquellos locos iniciaron de nuevo su atroz cántico. Pitts suplicaba, sollozando, pero pronto se dio cuenta de que sus ruegos no le servirían de nada. Percibió un extraño olor y creyó comprender que aquellas personas habían bebido tal vez una droga que les había conducido a semejante estado de demencia.

La melodía cesó bruscamente. Un hombre clamó:

—¡Es la hora del sacrificio!

Y entonces, todos rodearon la mesa. Y varias manos se elevaron a lo alto y todas empuñaban un afilado cuchillo

Durante un segundo, los aterrados ojos de Pitts recorrieron aquellos rostros

que le eran tan familiares... ¿También la dulce e ingenua Vicky Lainn iba a...?

Y entonces Pitts supo que no podía esperar piedad. En la noche, bajo la luna llena, se oyó un atroz alarido. Pero fue muy breve.

Más tarde, un hombre dijo:

—Para mi gusto, sabe demasiado a alcohol.

—Algunas cocineras añaden vino a sus guisos —dijo otro.

—Ah...

Y ése fue el epitafio verbal dedicado a Harvey Pitts, el borrachín del pueblo.

* * *

De pronto, Barney Vinceton se encontró con una persona conocida.

Era una atractiva joven, quizá no muy guapa de cara, pero con una figura sensacional. El asombro de Vinceton no se debía al encuentro con Roberta Cawlins, sino a la forma en que ésta se le había aparecido.

Roberta se apeaba en aquel momento de un «Mercedes» deportivo, vestida con una suntuosidad y elegancia como jamás hubiera sido capaz de imaginarse Barney Vinceton. De la casa frente a la cual había aparcado su coche, salió un portero de uniforme, que se hizo cargo del vehículo, para llevarlo al estacionamiento subterráneo.

—En el maletero hay unos paquetes; súbamelos a casa, por favor, Mark

—Sí, señorita Roberta.

Ella se dispuso a cruzar la acera. Entonces fue cuando sus ojos repararon en la figura del hombre que permanecía inmóvil, bajo el curvo dosel que casi cubría por completo aquel trozo de acera.

—¡Barney! Querido..., pero, ¡qué sorpresa! ¿De dónde sales?

Roberta le tendía las manos, finamente enguantadas, y Vinceton tuvo que aceptarlas.

—Bueno, acabo de regresar de viaje...

—Tú siempre de viaje. Naturalmente, estarás preparando un nuevo libro. Vinceton hizo una mueca.

—Esta vez el viaje no fue per motivos profesionales. Una tía muy anciana me llamó y tuve que permanecer a su lado casi un mes. No podía desatender su llamada; era la única pariente que me quedaba en este mundo...

—Oh, comprendo... y lo siento de veras. —Roberta le guiñó un ojo—. Pero también te habrá dejado algo —añadió, maliciosa.

—No puedo quejarme. Lo suficiente para tener ahora una completa independencia... De súbito, Roberta se apoderó del brazo de Vinceton.

—Anda, ven, sube a mi apartamento; tengo unas ganas locas de charlar con alguien de confianza. Y tú lo eres, me parece. ¿O no, Barney?

—Creo que sí —sonrió él.

Su sonrisa se tornó en admiración al contemplar el lujoso apartamento en que vivía Roberta Cawlins. Ella le dejó solo unos momentos, mientras se cambiaba de ropa, advirtiéndole que iban a subirle los paquetes de las

compras que acababa de hacer. Ciertamente, Vinceton se sentía desconcertado, tanto como asombrado. ¿De dónde le había venido a Roberta aquel súbito y espectacular cambio de fortuna?

Media hora más tarde, ella se sentó en el diván con las piernas ocultas bajo el cuerpo. Vinceton estaba en el mismo diván, un tanto apartado, medio vuelto hacia la hermosa joven de la que era huésped.

Ya habían tomado una copa. Ella sonreía.

—Tienes una cara de tonto imponente —dijo—. Y es que estás muerto de curiosidad por saber cómo he llegado hasta aquí, dejando aquel cuchitril en donde recibía a los hombres por veinte dólares. ¿No es cierto? ¿O tal vez piensas que estoy aquí porque he subido la tarifa?

—Roberta... si no quieres contarme nada...

—Tú fuiste siempre un buen amigo y no quiero ocultarte nada, aunque mucho me temo que no vas a creer la historia que voy a contarte. Pero te aseguro que es absolutamente verídica.

—Te creo, Roberta —dijo él llanamente.

—Está bien... Sucedió hará cosa de año y medio... ¡Cómo pasa el tiempo! —suspiró largamente—. Parece que fue ayer cuando me encontré con aquel atildado caballero que, sin duda, buscaba compañía femenina. Le eché el gancho, picó y me lo llevé a mi habitación. Pero se mostró insensible a mis encantos, lo que me defraudó bastante, aunque, como te puedes imaginar, me he encontrado con toda clase de tipos... Era un caballero alto, elegante, pero sin lujos, muy distinguido, de cara un poco triste, sumamente educado y correcto... Sin embargo, le advertí un detalle que me ha hecho pensar mucho desde entonces...

Roberta se interrumpió para tomar un cigarrillo de la caja que tenía al alcance de la mano. Vinceton le acercó su encendedor. Ella inhaló el humo un par de veces y continuó:

—Los ojos... eran grandes, profundos..., y aún ahora no sé decir de qué color los tenía. Pero cuando le miraba, me parecía ver el mundo entero a través de aquellas dos ventanas... Era una sensación que no puedo describir; me atraía y repelía al mismo tiempo...

—El pajarillo hipnotizado por la serpiente —sonrió Vinceton.

—Pues..., si, algo por el estilo, debo admitirlo. Sin embargo, no me daba miedo en absoluto... Bien, el caso es que después de un rato de charla yo le insinué algo relativo a... a mi oficio y él sonrió y dijo que no quería nada de mí, pero que, sin embargo, me pagaría el tiempo pasado conmigo. Yo pensé que podía tratarse de un hombre muy tímido, que había querido aparentar lo que no era delante de algunos amigos, que le habrían estado observando de lejos... No es la primera vez que me sucede, puedes figurártelo... Entonces, él me dio una moneda de un tipo que no había visto nunca y...

Roberta inspiró profundamente.

—Lo que me dijo, se cumplió, Barney —agregó—. Lo que me dijo. Bien, mejor te lo contaré v así sabrás lo que sucedió... y establecerás tus propias

conclusiones. Aunque no llegué a creerle, al día siguiente hice una apuesta en las carreras. Era un penco indecoroso, la vergüenza de los hipódromos... y ganó por cuatro cuerpos al día siguiente y se pagaba cuarenta a uno... Aposté veinte «pavos», de modo que, de súbito, me encontré con ochocientos. Abreviando, hice media docena de apuestas más y las gané todas. En menos de una semana, tenía ya cinco mil dólares. Agarré un avión y me fui a Las Vegas... Allí acerté cinco plenos en la ruleta y gané casi setenta mil dólares... Yo estaba como borracha, no sabía si soñaba o era cierto lo que me sucedía... hasta que di en pensar que sí, que estaba viviendo algo completamente real. Invertí en Bolsa la mitad del dinero... No me preguntes cómo lo hice, jamás he entendido de ese asunto..., pero en menos de un año me encontré con un millón de dólares. Y eso es todo y aquí estoy, Barney.

Vinceton se sentía estupefacto. Roberta hablaba completamente en serio. No cabía dudar por tanto de sus palabras, pero, ¿qué había provocado, en realidad, aquella racha de buena suerte?

De pronto, ella se levantó fue a una consola y volvió con un objeto en la mano.

—Mira, la moneda que me entregó aquel desconocido.

Vinceton examinó aquel extraño trozo de metal oscuro, que parecía bronce. La moneda no tenía una forma exactamente circular; en realidad, era un triángulo con los lados muy curvos y los vértices redondeados. En el centro había unos extraños grabados, cuyo significado no supo comprender.

—De modo que esto es lo que te ha traído la buena suerte —dijo.

—Sí, pero aquel hombre me dijo que un día me llamaría y yo tendría que ir a visitarle.

—Roberta sacudió la cabeza—. Ya ha pasado año y medio desde entonces y no he vuelto a saber de él. Por un lado, me gustaría verle para darle las gracias, pero por otro... querría no verle jamás en la vida...

—No vayas cuando te llame —aconsejó Vinceton.

—Quizá me ha olvidado —dijo ella. Pero no parecía muy convencida, observó Vinceton.

—Y ahora eres una mujer rica. Roberta sonrió.

—Desde aquel día, no he tenido ningún hombre a mi lado —dijo.

Vinceton la miró fijamente. El cambio sufrido por Roberta era en verdad muy notable. Aun no siendo una belleza en el sentido estricto de la palabra, poseía en cambio un atractivo sensual difícil de ignorar por un hombre joven, robusto... y sin complejos.

—Bueno, eso se puede solucionar... si lo deseas —dijo.

Roberta se sentó a su lado y abrió por completo la bata, dejando ver el espléndido panorama de un pecho de proporciones intachables.

—Voy a tratar de recuperar el tiempo perdido —dijo ardientemente.

La moneda cayó sobre la alfombra, pero ninguno de los dos prestó la menor atención al incidente.

CAPITULO II

La chica lanzó una risita, a la vez que trataba de defenderse del acoso del joven que tenía a su lado.

—¡Quieto, Clem...! Las manos quietas, te digo... Pero ¿es que no sabes pensar en otra cosa?

—¿En qué quieres que piense, teniéndote al lado? —gruñó el joven.

Clem Karr se inclinó sobre la muchacha, paseando sus labios por el escote de la blusa.

Casi debajo de él, Nancy Warren se retorció, suspirando y gimiendo.

—Oh, Clem...

Las manos de Karr buscaron ávidas bajo su falda. Se oyó ruido de seda rasgada. Nancy sabía que su derrota era inminente

De pronto, buscó los labios del joven con avidez. Ya no le importaba lo que pudiera sucederle. Se retorció como una posesa debajo de Karr, emitiendo gritos inarticulados. Karr gruñía como un animal. Al cabo de unos momentos, pareció desmayarse.

Nancy calló un rato. Luego dijo:

—Te has salido con la tuya, canalla.

Karr se dio media vuelta y quedó tendido sobre la hierba, boca arriba.

—Y tú has encontrado lo que buscabas —rió.

—Lo buscábamos ambos, me parece —exclamó la chica.

Se sentó en el suelo y empezó a arreglarse la blusa No llevaba sostén y sus senos asomaron un momento, firmes y retadores. Miró de soslayo al joven y sonrió.

—Clem.

El contestó con un gruñido.

—Mira, Clem —dijo Nancy, con la blusa echada hacia atrás. Karr volvió la cabeza y bostezó.

—Ya está bien —dijo displicente.

Nancy comprendió en seguida lo que sucedía.

—¡Qué flojo eres! —dijo despectivamente.

—Mujer...

—Nada, lo que le digo; eres muy flojo.

—Pues no lo he hecho nada mal, me parece —se defendió Karr.

—Hay otros más fuertes que tú —dijo ella, deliberadamente ofensiva.

—No me vengas ahora con cuentos pornográficos. Nancy se enfureció.

—Está bien. Otro día, ven a buscarme. Entonces sabrás...

Se calló súbitamente. Sus ojos estaban desmesuradamente fijos en aquella cosa que yacía sobre la hierba, a dos pasos de distancia, entre las hojas de un geranio silvestre.

Durante unos segundos, contempló la cosa, con el corazón paralizado por el horror. Luego de súbito, lanzó un estridente chillido.

—¡Clem, mira!

Karr, momentáneamente asustado, se puso en pie. Vio también la cosa y, de repente sin pronunciar una sola palabra, giró sobre sus talones y echó a correr como si le persiguiese el mismísimo diablo.

Nancy volvió a chillar. Luego se lanzó en persecución de Karr, mientras sollozaba y gemía de pánico. Cuando quiso darse cuenta, reparó en que había olvidado la blusa en aquel lugar, pero no tuvo valor para regresar a buscarla.

* * *

Cierto día, Barney Vinceton recibió la visita de un antiguo conocido, al que hacía mucho tiempo que no había visto. Vinceton trabajaba ahora en un nuevo libro, aunque en los últimos meses se sentía un tanto indolente, debido a que las preocupaciones económicas habían dejado de tener sentido para él. Pero por la misma razón, confiaba en que el libro resultaría mucho mejor que los publicados, ya que podía trabajar en el tema sin agobios.

—Estoy preocupado —le dijo Frank Pitts. Era algo mayor que Vinceton y aunque la relación no era frecuente, el sentimiento de amistad no había decaído.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿Necesitas dinero, Frank? —se ofreció Vinceton amablemente.

—No se trata de dinero. Por fortuna, ahora me encuentro en una situación económica muy aceptable. ¿Sabes?, heredé...

Vinceton se echó a reír, mientras ponía hielo en los dos vasos altos.

—Vaya, estás igual que yo. También heredé un buen pico —exclamó alegremente—. ¿0 es que tienes dificultades con la herencia?

—Oh, no, todos los problemas están solucionados. Se trata de mi hermano.
Vinceton recordaba vagamente al hermano de Pitts.

—Se llama Harvey —dijo.

—Sí.

—Seguirá en el pueblo, supongo.

—Eso es lo que me gustaría saber —declaró el visitante, a la vez que aceptaba el vaso de su anfitrión—. Tú sabes que hace años me marché de Claymore... Aquel pueblo no ofrecía ningún porvenir; además, el ambiente me agobiaba Son puritanos, lo que significa hipocresía a raudales; intolerantes, murmuradores..., mantenedores de tradiciones a ultranza... Un hombre de las cavernas resultaría más progresista que cualquiera de los habitantes de Claymore, claro que los hombres de la caverna buscaban la forma de hacer fuego y hachas de bronce en lugar de hachas de piedra... Aún no sé siquiera cómo han permitido la circulación de automóviles por las calles...

Vinceton se echó a reír ante las lamentaciones de su amigo. Sí, él también conocía aquellas pequeñas comunidades en las que el tiempo parecía haberse detenido y no sólo en los edificios construidos doscientos años antes, sino en

la apariencia y en los espíritus de las personas.

—Bueno, no conviene exagerar —dijo—. Siempre hay personas amantes del progreso..., aunque me parece que es Harvey el que te preocupa.

—Sí. La verdad es que llevaba una vida miserable... El no se atrevió a salir del pueblo como yo... Hace un par de años estuve en Claymore para vender un trozo de tierra que nos quedaba. Habían hecho una buena oferta y puesto que yo no pensaba volver allí, acepté la proposición. Naturalmente, partí con mi hermano el importe de la transacción. Pero Harvey estaba ya hecho una ruina física. El borracho del pueblo, Barney. ¿Sabes lo que eso significa? —se lamentó el visitante.

Vinceton hizo un grave gesto de asentimiento.

—Sigue, Frank.

—Bien, no conseguí persuadirle de que abandonase Claymore, por lo que yo me vine de nuevo a mi trabajó. ¡Caramba, ya ando cerca de los cuarenta y Harvey me pasa cuatro o cinco! Conque me dije que ya era mayorcito para saber lo que se hacía y allí lo dejé. Pero ahora, además de haber prosperado en mi negocio, he recibido esa pequeña herencia. No necesito invertir el dinero en la empresa, así que pensé en traerme a Harvey para internarlo aunque sea un año o dos en un sanatorio antialcohólico y que se cure definitivamente. Le he escrito un par de cartas, envié tres telegramas... ¡y no he recibido la menor contestación!

Vinceton frunció el ceño.

—En Claymore, creo, habrá autoridades, un alguacil, un juez local...

—Les he escrito pero tampoco me han contestado. Y los Pitts éramos conocidos en el pueblo, créeme.

—Entonces, tendrás que hacer algo,

—Pienso ir allí personalmente. Según lo que observe, encomendaré una investigación a alguna agencia competente. Esto no me gusta, Barney —declaró el visitante con sombrío acento.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Vinceton. Pitts meneó la cabeza.

—No, no será necesario... —contestó—. Es..., bueno, no tenía a quién volverme... — sonrió—. Creo que me he desahogado un poco.

—Frank, sé sincero... ¿Sospechas algo malo en la falta de noticias?

—No sé qué decirte... La verdad, es un asunto que me huele muy mal. —Pitts se puso en pie—. Barney, gracias por haberme escuchado.

—Oh, no seas tonto. Los amigos están para algo, creo. Y si necesitas mi ayuda, dímelo sin rodeos, Frank.

—Descuida Barney.

Pitts se marchó. Vinceton quedó solo muy pensativo. Sí, conocía el problema de su amigo y comprendía perfectamente los problemas que tanto le afligían. Realmente, para un hombre amante de la familia, ser el hermano de un alcohólico incorregible debía dé resultar deprimente.

Por otra parte, Pitts era un tanto misógino, lo que le había llevado a

permanecer soltero. Salvo su hermano, el borrachín del pueblo no tenía otra familia. Vinceton pensó que Frank podría haberse casado; nunca falta una mujer amable y comprensiva con un hombre de sus características, se dijo. Pero, a sus treinta y tres años, ¿no seguía él también soltero todavía?

De pronto se notó muy solo.

En los últimos tiempos había llevado una existencia bastante retraída. Pero no sabía a quién volverse, para combatir aquella repentina sensación de soledad... Sí, claro, ¿cómo no lo había pensado antes?

Hacía algunos meses que no tenía noticias de la afortunada Roberta Cawlins. De repente, deseó verla..., porque, además de que era una mujer apasionada, quería saber si continuaba su buena suerte en el juego y en los negocios.

Llamó por teléfono pero no le contestó nadie. Extrañado, tomó el coche y se dirigió a la casa donde residía su amiga.

El conserje le dio una desagradable noticia.

—Lo siento, señor; la señorita Cawlins salió de viaje esta mañana.

—Ha dicho que salió de viaje...

—Sí, pero no dijo adónde se dirigía. Lo lamento mucho, señor Si quiere dejarle algún recado, se lo daré con mucho gusto cuando regrese.

—Le dejaré una tarjeta. Tenga la bondad de decirle que me llame cuando vuelva.

—Está bien, señor.

* * *

Una tuerza irresistible obligó a Roberta a dar media vuelta a la llave de contacto. Las luces del coche se apagaron.

Desde su asiento, contempló el negro bosque que se extendía al otro lado del camino. Entre los árboles se veían brillar algunas chispitas de luz y de ellas parecían brotar unos extraños y terroríficos cánticos. La melodía era repulsiva, pero, al mismo tiempo, provocaba en ella una morbosa atracción, que no sabía rehuir.

Abrió la portezuela. Lentamente, como hipnotizada, avanzó a través de la maleza Su falda se enganchó en un arbusto espinoso y se rasgó con sonoro siseo, pero ella no hizo el menor caso.

Cruzó unos arbustos mucho más altos. De pronto, apareció en el claro.

Una docena de personas, hombres y mujeres, de distintas edades y todos ellos completamente desnudos, la miraron en silencio, repentinamente suspendido el cántico.

Roberta se detuvo un instante. Luego, con los ojos fijos en un punto invisible, empezó a desnudarse.

La blusa y el sostén cayeron al suelo, y la falda y los pantaloncitos, y las medias y los zapatos. Entonces avanzó un par de pasos más.

Súbitamente, todos los congregados cayeron sobre ella. Roberta se dejó

hacer sin rechistar. Permitió mansamente que la situaran sobre la mesa y la ataran con fuertes sogas.

Pero, de repente, volvió a la consciencia. Y vio los puñales que se alzaban en chispeante círculo sobre ella. El acero reflejaba sangrientamente las llamas de la hoguera próxima.

Un horripilante alarido brotó de sus labios. Frenética, se debatió, intentando soltarse de las cuerdas que la sujetaban a la mesa, pero no lo consiguió.

Y todos los puñales cayeron a la vez sobre su blanco y hermoso cuerpo, que pronto tomó un siniestro color rojo.

CAPITULO III

—Lo siento, Frank, pero hace mucho tiempo que no sabemos nada de tu hermano. Desapareció, se marchó... Ya sabes cómo era y la forma en que vivía. En realidad, era la vergüenza del pueblo —dijo Harriman Donken, alguacil de Claymore.

—Pero también era una persona —exclamó Pitts, irritado por el tono de su interlocutor.

—Oh, claro que sí, aunque él se esforzase por demostrar lo contrario —respondió Donken cáusticamente—. Repito que lo siento, pero hace tiempo que no tenemos noticias de él.

Pitts apretó los labios.

—Seguiré investigando —prometió.

—Estás en tu derecho, Frank.

Pitts abandonó la modesta oficina del único representante de la ley en Claymore. El olor corporal del gordo Donken le daba náuseas.

Desde la puerta, contempló la silenciosa aldea, sorprendentemente bien conservada La mayoría de las casas tenían la peculiar construcción de vigas vistas, pro- pía de la arquitectura del XVIII. En algunas de ellas se veía el humo de la chimenea.

Un par de mujeres caminaban quedamente por la calle. Al otro lado, un perro dormitaba en la acera. Extraño pueblo aquél, se dijo Pitts, en donde no se veía corretear un solo chiquillo. Parecía como si no hubiese más que personas mayores y ancianos.

De pronto, echó a andar, Phineas Miller podría decirle algo. Era el hombre que había adquirido la última propiedad de los Pitts, un terreno poco menos que baldío, situado en una hoya y cubierto de malezas. Los árboles que crecían en aquel paraje eran improductivos para emplearlos como madera. No, no era una tierra que mereciese la pena conservar y por ello había aceptado la oferta de Miller sin pensárselo dos veces.

Momentos después, estaba en presencia de Miller, un sujeto alto, delgado, de nariz aguileña y ojos penetrantes. Miller, al igual que Donken, negó saber absolutamente nada de su hermano.

—Un día lo vimos, borracho corno de costumbre, y al siguiente desapareció. Y ya nunca hemos vuelto a verle —declaró Miller rotundamente.

—Usted me compró las tierras de Hell's Hole...

—No quise hacer el trato con tu hermano, para que no se gastase el dinero en bebida.

Pero tú le diste la mitad...

—Quería que se regenerase... Miller lanzó una burlona carcajada.

—Eso era como pedir peras al olmo. Lo más probable es que agarrase una buena en el bosque y se quedase allí dormido o le diese un síncope. Las alimañas habrán devorado sus restos —concluyó Miller despectivamente.

Pitts apretó los puños. Su hermano no había gozado de demasiadas simpatías en el pueblo, era cierto, pero no había por qué traspasarle a él la antipatía general. Siempre había sido honesto, trabajador y mesurado en todas sus acciones, y fuese cual fuere el comportamiento de Harvey, no tenían por qué tratarle a él de la misma manera.

—Seguiré buscando —dijo.

—Estás en tu derecho —respondió Miller con frialdad

Pitts abandono la casa del hombre más rico e influyente del pueblo. En verdad que 110 se movía una sola hoja en Claymore sin que Miller lo supiese y lo permitiera. Pero aquella especie de conspiración en torno al paradero de su hermano le hacía sentirse cada vez más aprensivo.

¿Y si lo habían asesinado?

Tal vez, especuló, Harvey se había quedado sin dinero y quiso cometer un robo..., un pequeño latrocinio, para procurarse unas monedas, con las que comprar más alcohol... y un propietario enfurecido le había disparado con su escopeta... y los demás vecinos habían decidido tapar lo que realmente era un crimen, porque, aparte de su afición a la bebida, Harvey había sido siempre un hombre inofensivo.

Y si había sucedido algo así, nunca averiguaría la verdad, ni sabría jamás en qué intrincado rincón del bosque yacían los restos de su hermano. A dos metros de profundidad y con la tierra bien apisonada sobre su cuerpo, por supuesto.

De pronto, una chica corrió hacia él.

—¡Señor Pitts!

Frank se volvió. La chica, de rubios cabellos y figura más bien rolliza, llegó a su lado jadeante y casi sin aliento.

—Señor Pitts, yo soy Nancy Warren... Sé que está buscando a su hermano y yo sé que está muerto... Vi su mano..., la izquierda...

Pitts se puso rígido.

—¿Dices que viste la mano de Harvey?

—Sí... Yo había ido al bosque, en los linderos de Hell's Hole... Estaba con Clement Karr.. Reconocí la mano, porque le faltaba casi todo el dedo meñique... ¿No es cierto que a su hermano le faltaba?

Pitts asintió.

—Tuvo un accidente hace muchos años —contestó—. Pero dime, ¿cómo encontraste la mano? ¿No informaste al señor Donken?

—Oh, sí, pero no quiso creerme y me mandó a casa con cajas destempladas... Dijo que yo había bebido o que quizá también me había aficionado a las drogas... Y cuando mencioné a Clem Karr, quien también había visto la mano, le hizo llamar a mi presencia, pero Clem lo negó rotundamente... Negó, incluso, que hubiera estado conmigo, haciéndome el amor...

—De modo que Harvey está muerto —murmuró Pitts. Sí, sus sospechas se confirmaban. Conocía a los Warren, aunque superficialmente, y sabía que

eran de las pocas personas en quienes se podía confiar.

—Hablaré con Donken —dijo tras una pausa—. Luego iré a visitar a tus padres.

—No se deje engañar. Todos son unos criminales... Desde hace algún tiempo, ocurren muchas cosas raras en esta aldea... —jadeó la chica.

Pero Pitts estaba ya en marcha hacia la oficina del alguacil. Cuando llegó junto a la puerta, vio a un muchacho alto y robusto, apoyado en la pared.

Donken salía en aquel instante.

—Me imagino lo que le ha contado esa chiflada —dijo—. Pero quiero que oiga a Clem Karr.

El joven se incorporó. Sonreía burlona, ofensivamente.

—Nancy Warren bebe a escondidas y hasta un día la

Y fumando un cigarrillo de «hierba» —declaró—. En cuanto a mí, niego rotundamente haberla tocado el pelo de la ropa. Jamás he estado con ella en el bosque ni en ninguna otra parte.

—Aquel día, Nancy vino borracha al pueblo, desnuda de la cintura para arriba, enseñando los pechos como una impúdica ramera —agregó Donken—. Fue el escándalo de la aldea y el oprobio y la vergüenza para sus padres, créame, Frank.. Aún se habla de aquel espectáculo, tan lleno de obscenidad.

Pitts miró alternativamente a los dos hombres. En aquel momento, más que nunca, adquirió la convicción de que estaba siendo engañado.

—Hablaré con los padres de Nancy —dijo secamente.

Pitts dio media vuelta. Unos segundos más tarde, Miller salió de la oficina y miró al hombre que se alejaba rápidamente.

—Habrá que hacer algo, Harriman —dijo lentamente.

—Sí, señor.

—Frank ha llegado en unos momentos muy inoportunos.

—Desde luego.

—Yo puedo encargarme de él, señor —dijo Karr, con juvenil petulancia. Miller le miró de arriba abajo.

—Tienes fuerza, pero necesitarás pulso firme —murmuró.

—Lo tendré, señor.

—Bien, en tal caso, ven a buscarme a casa después de cenar. Te daré instrucciones.

Harriman, tú prepararás las herramientas.

—Sí, señor.

—Y no lo comentéis con nadie. Ni siquiera con las gentes de nuestro círculo.

Karr y Donken asintieron con simultáneos movimientos de cabeza. En aquellos instantes, Pitts sostenía una descorazonadora entrevista con los padres de Nancy.

Fue una gestión absolutamente infructuosa. Los padres de Nancy negaron su afición a la «hierba» y al alcohol, aunque admitieron su exuberante fantasía, debido al ardiente temperamento de la muchacha. Pero Pitts había

aprendido a conocer a la gente y se dio cuenta de que los Warren estaban terriblemente amedrentados.

En aquel pueblo ocurrían cosas muy raras, se dijo aquella noche, mientras cenaba en la única posada. Nancy juraba haber visto la mano amputada de su hermano, mientras que todos lo negaban Pero Pitts se sentía mucho más inclinado a creer en la chica.

¿Por qué le habían matado?, se preguntó. Harvey había sido siempre un hombre inofensivo, incapaz de hacer daño a una mosca...

Tal vez había visto algo que no debía ser divulgado, pensó súbitamente. Pero, en tal caso, ¿qué era?

La dueña de la posada, Maggie Corcoran, le sirvió displicentemente, casi con hostilidad. Pitts la recordaba muy bien de sus años mozos. Había cambiado, ciertamente, pero aún conservaba buena parte de sus abundantes encantos físicos, de los que había disfrutado todo lo que deseó, con harta resignación por parte de su esposo, muerto seguramente tras una vida nada agradable, con aquella mujer que le había convertido en el hazmerreír de la aldea. De reojo, observó los voluminosos pechos de la mujer, sumamente atractivos para cierta clase de personas, y sus amplias caderas, que se movían gelatinosamente a cada paso que daba. Pero ahora, la incitante sonrisa que él conocía muy bien había dado paso a una expresión adusta y escasamente acogedora.

Cuando terminaba de cenar, un hombre apareció en la puerta del comedor. Era Phineas Miller.

—Frank Quiero que vengas conmigo —dijo. Pitts se puso en pie.

Miller le volvió la espalda en silencio. Pitts le siguió, emparejándose con él una vez en la calle.

—Puedes denunciarnos a la policía del estado, si quieres, pero no conseguirás nada, salvo destruir a una población que no tenía culpa de albergar en su seno a un sujeto depravado y esclavo del alcohol —dijo Miller un poco más adelante—. Deseo que comprendas que todo fue un accidente y que todos lo lamentamos muchísimo, pero durante años enteros no ha sucedido nada en Claymore y, para serte sincero, tememos al escándalo. He hablado con algunas de las personas más prominentes y estamos de acuerdo en darte una indemnización... Frank, repito que fue un accidente, aunque las apariencias estén contra nosotros... Confieso que en un principio nos mostramos reticentes contigo...

Pitts le dejaba hablar, convencido solamente a medias, mientras se preguntaba adónde le llevaban. De todos modos, lo que había visto y oído le convencía de que algunos, en Claymore, tenían miedo. ¿De qué?

Caminando, llegaron a las afueras de la población. Pasaron por delante de un granero de grandes dimensiones y Miller dobló la próxima esquina. Pitts estaba a su lado y por eso no vio la sombra que se alzaba repentinamente a sus espaldas.

Cuando quiso darse cuenta de que era atacado, resultaba ya tarde para

defenderse. Ya no podía evitar el engaño, pensó en una fracción de segundo, mientras el hacha de filo terriblemente cortante caía vertical sobre su cráneo.

Momentos después, Karr limpiaba el acero de la sangre, pelos y masa encefálica, que se había adherido, con un puñado de hierbas cogidas de las que crecían al pie de la pared del granero. Donken se hizo visible segundos más tarde, empujando una carretilla de mano.

—El chico ha tenido buen pulso —dijo, sonriendo perversamente, al contemplar la forma inmóvil que yacía en el suelo.

Unos minutos después, el lugar quedaba solitario y en silencio.

* * *

Millie Hammer, ama de llaves y cocinera de Barney Vinceton, todo en una pieza, llamó a la puerta del cuarto de trabajo y asomó la cabeza.

—Señor Vinceton, abajo hay una joven que desea hablar con usted —informó. Vinceton dejó a un lado el libro que estaba consultando y se puso en pie.

—¿Una periodista, Millie? Si es así, ya sabe que le tengo dicho que no concedo entrevistas.

—Lo sé, señor. Pero ella no ha dicho que sea periodista A menos que lo confiese después.

—Está bien, gracias.

—La he hecho pasar a la biblioteca. ¿Quiere que les sirva algo?

—Café, por favor.

—Muy bien, señor.

Vinceton descendió a la planta baja y se dirigió hacia la puerta situada a la derecha.

Vivir fuera de Nueva

York le resultaba mucho más conveniente, en especial después de haber heredado la casa que perteneciese a su tía, un edificio grande y cómodo, aunque un tanto anticuado. Pero el estilo, a pesar de todo no estaba pasado de moda y Vinceton se sentía muy a gusto en aquel ambiente. Un jardinero venía dos veces por semana a cuidarse de las plantas del pequeño parterre que rodeaba la casa, guardado por las noches por un hermoso pastor alemán que respondía al nombre de «Blookie».

En la biblioteca, también salón de estar, había una muchacha aguardándole, en pie, junto a uno de los estantes, los lomos de cuyos libros recorría con la vista. Al oír el ruido de la puerta, la joven se volvió y Vinceton pudo contemplar unas pupilas del color del humo, las más bonitas que había visto hasta entonces.

—Soy Vinceton —se presentó.

—Me llamo Ada Eakin, señor Vinceton y le ruego me dispense el atrevimiento de venir a visitarle a su casa, pero una vez que haya expuesto los motivos que me han traído aquí, espero sepa mostrarse comprensivo conmigo.

Vinceton sonrió.

—Creo que alberga hacia mí unos temores innecesarios, señorita Eakin —dijo—. No soy un ogro...

—Los temores que siento no se refieren a usted, sino a su amigo, el señor Pitts —dijo Ada calmosamente.

CAPITULO IV

Millie había traído el servicio de café y Vinceton se ocupó de llenar las tazas, de porcelana y plata antigua. Durante unos momentos, sólo hubo silencio en el salón.

Vinceton se limpió los labios con una servilleta y miró a la atractiva visitante.

—Hable, señorita Eakin —invitó—. ¿Qué es lo que teme usted del señor Pitts, de quien me ha dicho usted era secretaria personal?

—Sencillamente, creo que le ha ocurrido algo grave —contestó Ada—. El me habló de la visita que le hizo a usted unas semanas atrás y luego dijo que se iba a Claymore, para averiguar qué había sucedido con su hermano Harvey. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias suyas.

Vinceton se irguió en su asiento.

—Dice que se marchó... y no ha vuelto a saber de él.

—Así es —confirmó la muchacha—. Como secretaria suya, estaba enterada de algunos asuntos que pertenecían a su esfera privada. Ciertamente, hay un gerente general que goza de toda la confianza del señor Pitts y que dirige magníficamente la empresa, pero, a pesar de iodo, creo que esto no puede seguir indefinidamente. El negocio, sin embargo, me preocupa menos que la suerte que haya podido correr el señor Pitts, a pesar de que, si mis temores resultan ciertos, yo pueda encontrarme un día en la calle.

Vinceton se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—Frank se sentía muy preocupado por su hermano —murmuró—. ¿Le dijo algo al respecto?

—Sí. Le había escrito sin recibir respuesta, ni tampoco le contestaron el juez local y el alguacil de Claymore. En vista de ello, decidió hacer un viaje personal a su pueblo natal. Usted, sin duda, estará enterado de lo que le sucedía al hermano del señor Pitts.

—Sí, lo sé.

—El señor Pitts quería internar a su hermano en un sanatorio alcohólico, aunque fuese contra su voluntad

—Me habló de ello —manifestó Vinceton.

Ada posó en su interlocutor la mirada de humo de sus bellas pupilas.

Hubo un momento de silencio. Al fin, el dueño de la casa hizo una sugerencia a su encantadora visitante:

—¿Le agradaría hacer un viaje a Claymore, señorita Eakin?

—No tengo el menor inconveniente...

—Lo malo es que no puedo partir inmediatamente. Necesito al menos dos días para terminar un artículo que me han pedido para una revista, cuyo envío se ha retrasado ya más de lo conveniente. Pero podría estar listo para el próximo fin de semana, si le parece.

—De acuerdo. —Ada se levantó y sonrió, a la vez que tendía su mano al

joven—. ¿Le llamo por teléfono? —consultó.

—Déjeme sus señas; yo la llamaré, puesto que no sé exactamente la hora en que quedaré libre. Incluso es posible que despache antes de lo que pienso.

—Muy bien —Ada tendió una mano al joven—. Tiene usted una casa muy bonita — elogió.

—Celebro que le haya gustado —sonrió Vinceton.

* * *

Salía de entrevistarse con su agente literario, cuando, de pronto, oyó que alguien pronunciaba su nombre poco menos que a gritos:

—¡Barney! ¡Eh, Barney Vinceton!

El joven se volvió. Parado junto a la acera, había un ostentoso «Rolls Royce» al volante del cual se hallaba un chófer de rostro imperturbable. Por la ventanilla posterior asomaba parte del cuerpo de un hombre, ataviado con ropas caras y estruendosas, lo que borraba parte de la sensación de elegancia que quería ofrecer a cuantos le contemplaban.

—Vamos, Barney, acércate —dijo el sujeto—. ¿O es que ya no te acuerdas de tu viejo amigo Ed Sharpe?

Vinceton dio unos pasos. El chófer saltó de su sitio para abrir la portezuela.

—Entra, Barney —invitó el dueño del coche—. Pero no me mires como un tonto. ¿Es que no has visto nunca a un hombre en un «Rolls» con chófer?

—A un hombre llamado Ed Sharpe, no, desde luego —contestó Vinceton, quien no acababa de salir de su asombro—. ¿Estás interpretando alguna película?

Sharpe soltó una atronadora carcajada Era un hombre de unos treinta y cinco años, grueso, de rostro rubicundo y con pelo rubio que ya clareaba demasiado. Vinceton pudo apreciar un grueso brillante en su corbata y un par de anillos de precio en sus dedos como salchichas. Por lo que sabía de Sharpe, su medio de vida había estado reñido con la ley en más de una ocasión, y detrás de sí había dejado infinidad de cuentas y facturas sin pagar.

¿A quién habría estafado ahora?, se preguntó, pensando melancólicamente en los doscientos dólares que le prestara tres años atrás, como contribución a un negocio de elevados rendimientos... del que no había vuelto a tener noticias.

—Al Wesley's, Richard —ordenó Sharpe—. Quiero invitar a mi buen amigo Vinceton a almorzar, para pagar una deuda que tengo con él desde hace tiempo.

—Sí, señor —contestó el impasible conductor.

El «Rolls» se separó de la acera. Sharpe dio una fuerte palmada en la rodilla de su amigo.

—Creías que me había olvidado de ti, ¿eh? —dijo—. Bueno, admito que mi vida no ha sido todo lo edificante que debiera ser, pero ya me he

corregido... Por supuesto, te prometí el doscientos cincuenta por ciento, T te pagaré lo convenido, esto es, setecientos dólares...

—Ed, no me hace falta el dinero —manifestó Vinceton cautamente. No sentía el menor deseo de convertirse en el involuntario cómplice de una estafa que, a juzgar por el coche y el conductor, debía ser de altos vuelos

Los ojillos de Sharpe se entornaron.

—Sospechas de mí, ¿eh? —dijo—. Pues estás equivocado, porque todo esto que ves, más lo que hay en el Banco, más un par de propiedades de muchísimo valor, es algo absolutamente legal, en donde el mejor fiscal de la ciudad no encontraría ni tanto así para intentar someterme a juicio. Créeme, mi cambio de fortuna se ha realizado absolutamente dentro de la ley.

—Si es así, te felicito. Ed —contestó Vinceton con grave acento.

Sharpe se recostó en el asiento y sacó un cigarro, que ofreció a su acompañante. Vinceton lo rechazó con un gesto y entonces se lo puso entre los dientes. El encendedor con que le prendió fuego, era de oro puro, con las iniciales en brillantitos, rubíes y esmeraldas.

—Bueno, creo que te debo una explicación —dijo Sharpe, tras un par de aromáticas bocanadas de humo. El cristal delantero los separaba del puesto del conductor, con el cual se comunicaba por medio de un teléfono interior. No tenía, pues, aprensiones de ser escuchado y continuó—: La verdad, hay momentos en que ni yo mismo me creo lo que me está pasando. A veces me despierto y, con los ojos cerrados, porque no me atrevo a abrirlos, pienso que todo es un sueño, y que me despertaré en el viejo cuchitril... Pero no, créeme..., no son sueños y ahora, te lo juro, no me ahorcan por menos de dos millones de dólares.

Vinceton se sentía pasmado. ¿Cómo era posible aquel fenomenal cambio de fortuna?

—Aquellas acciones que yo vendía, si, las de la Ophir Gold & Silver, y que hubo momento en que no valían ni el papel en que estaban impresas —prosiguió Sharpe, mientras sonreía complacido—. La verdad era que se trataba de una compañía auténtica. Pero los terrenos para las minas eran un erial. Y un día, de repente, unos tipos vinieron y me ofrecieron una pequeña suma por un permiso de prospección... Antes de que se cumpliera el año, habían dado con una veta de mineral fabulosa, como no se había conocido, dicen, desde los buenos tiempos del oro de San Francisco... Total, que salvo una docena de acciones que había conseguido colocar, todas las demás eran mías. Entonces, apareció una poderosa compañía financiera y me ofreció... —Sharpe le guiñó un ojo—. Bueno, compadre, no te diré lo que me ofrecieron, pero acepté instantáneamente y aquí me tienes.

—Oye, eso que dices parece un cuento de magia —son rió Vinceton—. Es como si alguien hubiese tocado tus tierras con una varita mágica.

—¡Caramba, yo también he pensado lo mismo en alguna ocasión! Sobre todo, después de recordar que mi cambio de suerte se produjo a poco de haberme encontrado con el tipo que me pidió diez centavos para hacer una

llamada telefónica. En el primer momento, créeme, me dieron ganas de enviarlo al diablo. No es que fuese mal vestido ni diera la sensación de ser un mendigo, pero, rayos, es que yo no tenía más que otras dos monedas y no había cenado aún. El caso es que aquel sujeto dijo que me pagaría el favor y me entregó una moneda que, aseguró, me traería la buena suerte. ¿Quieres verla?

Vinceton frunció el ceño.

—Me gustaría, Ed —murmuró.

Sharpe metió dos dedos en el bolsillo de su chaleco sacó una moneda, cuya forma conocía ya muy bien su invitado. Vinceton la contempló en silencio, sin hacer el menor comentario.

—No es que sea precisamente una joya, pero la considero un talismán y no me separo nunca de ella —dijo Sharpe—. El hombre me dijo que un día me llamaría y que yo debería ir a visitarle, pero, qué diablos, aunque le esté muy agradecido, el que había comprado las tierras fui yo... y, sinceramente, pienso que, por muy buena suerte que tuviera, el hallazgo de la veta fue una casualidad.

Sharpe volvió a guardar la moneda.

—En el Wesley's se come maravillosamente —dijo, complacido—. Créeme, Barney, voy a ofrecerte el melar banquete de tu vida.

—Ed, ¿cómo era el hombre que te dio la moneda? —preguntó Vinceton.

—Oh, no me fijé demasiado en él... Alto, delgado, mediana edad... Nada de particular, créeme.

Vinceton se reclinó en el asiento... También a Roberta Cawlins le había sucedido algo parecido y ahora había desaparecido. ¿Había alguna relación entre las monedas y la buena suerte de un hombre y una mujer?

—Ed, ¿vives en Nueva York? —preguntó.

—Oh, no; tengo una residencia en Long Island... ¿Cómo puedes pensar siquiera que sería capaz de vivir en esa selva de cemento? Te daré mi dirección, para que vengas a cenar una noche conmigo..., aparte del banquete que vamos a darnos hoy mismo, claro.

—Iré con mucho gusto, Ed —respondió Vinceton.

* * *

Cuando llegaba a su casa aquella misma tarde, profundamente pensativo, oyó que sonaba el teléfono.

La señora Hammer cruzó el vestíbulo para acudir a la biblioteca. Vinceton hizo un gesto con la mano.

—Déjelo, Millie. Yo atenderé la llamada.

—Bien, señor.

Momentos después, Vinceton levantaba el teléfono y daba su nombre. Al otro lado de la línea, alguien dijo:

—Soy Hank Peters, el conserje del edificio donde vivía la señorita

Cawlins...

—Ah, Peters, le recuerdo perfectamente. Dígame, ¿ha vuelto ella?

—No, señor Vinceton, precisamente por eso mismo le llamo. Verá, usted me dijo que le avisara apenas tuviera noticias de la señorita... La verdad, encuentro un poco raro lo que sucede y como tampoco me parece cosa de avisar a la policía... Sí, me atenderían muy bien y luego dirían que ya tratarían de investigar... Con los cientos de personas que desaparecen al cabo del año en esta ciudad, la verdad, no sé cómo iban a preocuparse por la señorita. Esto me parece más bien propio de un amigo... y ella me habló de usted en más de una ocasión.

Vinceton se armó de paciencia, a fin de soportar la prolija charla del conserje. Peters, bien mirado, le estaba haciendo un favor y no iba a tratarle a baquetazos, aunque fuesen verbales.

—Por supuesto, soy buen amigo de la señorita Roberta —convino—. Pero ¿qué sucede?

—Verá, señor Vinceton... Hace un par de días, vinieron dos sujetos. Uno de ellos dijo ser representante de la señorita y enseñó las llaves de su apartamento Añadió que la señorita Roberta iba a estar algún tiempo fuera y que venía a cancelar en su nombre el contrato de alquiler. Me pareció que podían decir la verdad y, puesto que traían las llaves y el dinero...

—¿Y qué más?

—Bueno, subieron al piso, para recoger algunos objetos personales de la señorita, y bajaron una hora más tarde Muy preocupados, según observé. Uno de ellos decía no sé qué de una moneda perdida, pero el otro lo apremió, diciéndole que era preciso darse prisa o llegarían tarde para tomar el tren de Claymore.

—¡Claymore! —respingó Vinceton.

—Sí, señor —confirmó el conserje—. Ese nombre lo escuché con toda claridad, estoy absolutamente seguro, aunque no tengo la menor idea de dónde queda esa población...

—No se preocupe; en caso necesario, yo lo averiguaría. Dígame, ¿cómo eran los hombres que se presentaron en nombre de la señorita Roberta?

—Bien, uno de ellos aparentaba unos cuarenta y cinco o cincuenta años, bajo, grueso, con papada... Francamente, no me dio la sensación de ser representante de nadie, pero, en estos tiempos, nadie es lo que aparenta...

—Sí, Peters, sí —cortó el joven, impaciente—. ¿Y el otro?

—¿El otro? Bueno, era un muchacho de no más de veinte años, alto, fornido, apuesto, muy guapo... Parecía ayudante del gordo.

Vinceton se sintió decepcionado al escuchar la descripción del conserje. No, ninguno de aquellos dos sujetos era el misterioso individuo que había entregado dos monedas de la suerte a sendas personas, hombre y mujer. Y no había tampoco por qué recelar de alguna posible desgracia ocurrida a Roberta. Tal vez había decidido establecerse en algún lugar más o menos retirado y, por el momento, le era imposible regresar a Nueva York para recoger sus

cosas.

—Está bien, Peters —dijo—. Le agradezco infinito sus informes. En cuanto me sea posible, iré a darle algo más que las gracias.

—Es usted muy amable, señor Vinceton —se despidió el conserje.

Después de la conversación, Vinceton fue a la mesa de los licores y se preparó un whisky con hielo. Mientras lo tomaba a pequeños sorbos, reflexionaba profundamente, concentrado en sí mismo.

De pronto dejó el vaso a un lado y volvió al teléfono.

—¿Señorita Eakin? —dijo medio minuto más tarde. —Sí...

—Soy Vinceton. ¿Hay noticias del señor Pitts?

—Ninguna, señor Vinceton —contestó la muchacha.

—Me lo temía. Señorita, estoy lista para todo el fin de semana. Hasta Claymore hay casi cuatrocientos kilómetros ¿A qué hora puedo pasar a recogerla mañana por la mañana?

—¿Le parece bien las siete y media?

—Estupendo. Señorita...

—¿Sí, señor Vinceton?

—Llévese ropas cómodas y piense que habrá de pasar un par de noches fuera de casa.

—Ya cuento con ello, señor Vinceton. Seré puntual —prometió ella.

—Gracias, señorita Eakin.

El teléfono volvió de nuevo a la horquilla. ¿Qué diablos podía haberle pasado a Frank Pitts, para que, durante cuatro semanas, no hubiese dado señales de vida?

Aquel silencio, ¿estaba relacionado con la falta de respuesta a los mensajes que había enviado a su hermano Harvey y a las autoridades de Claymore?

CAPITULO V

—A medida que pasan los días, y cada vez que pienso en ello, me siento más convencida de que algo muy malo le ha pasado al señor Pitts —dijo Ada al día siguiente, cuando ya estaban a muy corta distancia de Claymore.

—Aún no podemos afirmar nada en un sentido u otro —murmuró Vinceton cautelosamente.

—Mire, mi patrón era hombre muy puntilloso con el trabajo propio y el de los demás, lo cual no quiere decir que nos tratase como un capataz de esclavos, con el látigo en la mano. Oh, era un hombre extremadamente amable y cortés, pero le gustaban las cosas bien hechas y lo indicaba de un modo que no era posible contradecirle... No, no, él no hubiera faltado cuatro semanas al despacho sin un motivo grave..., y aun así, habría enviado noticias suyas. Créame, el gerente también se siente muy preocupado y ha aprobado incondicionalmente esta gestión que voy a emprender en su compañía.

—Haremos lo que podamos —dijo Vinceton. Minutos más tarde, entraban en Claymore.

Vinceton vio la muestra de un albergue y detuvo el coche en la entrada. Bajo el dintel de la puerta había una mujer robusta, de pecho prominente y mirada inquisitiva.

Vinceton se apeó del coche. Ada lo hizo por el otro lado.

—Buenas tardes, señora —saludó el joven amablemente—. ¿Puede indicarme dónde está la oficina del alguacil?

La señora Corcoran señaló una dirección con la mano.

—Allí —dijo lacónicamente.

—Mil gracias, señora. Ah, la señorita y yo pensamos quedamos el fin de semana en Claymore. Podrá alojarnos, supongo.

—En habitaciones separadas, claro

Vinceton notó el tono frío y hostil de la mujer.

—Habitaciones separadas —convino.

—Sí, podré hospedarles.

—Gracias, señora.

Vinceton agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia la oficina del alguacil. Ada se estremeció.

—Esa mujer me da miedo... Todo el pueblo me da miedo... —murmuró.

Vinceton miró a derecha e izquierda y captó la atmósfera opresiva de la población, en la que reinaba un silencio casi total. Un par de chiquillos jugaban a lo lejos, pero no emitían ningún grito ni se reían.

Cuando llegaban a la oficina, salieron dos hombres de su interior. Vinceton se detuvo un instante La descripción que le había facilitado Peters coincidía exactamente con aquella pareja.

—Hola —dijo—. Me llamo Vinceton. Ella es la señorita Eakin. ¿Tenemos el gusto de hablar con el alguacil de Claymore?

Donken se tocó con el ala del sombrero con dos dedos.
—Yo soy —contestó—. Este es mi ayudante eventual, Clem Karr. Mi nombre es Donken, Harriman Donken. ¿Puedo servirles en algo?
—Alguacil, soy buen amigo de Frank Pitts, de quien sé vino a Claymore hará cuatro semanas —declaró Vinceton—. ¿Puede indicarnos dónde está?
Donken se volvió hacia el muchacho rubio y guapo.
—¿Clem?
—No lo he visto —respondió.
Vinceton miró sucesivamente a los dos hombres. En aquel instante, adquirió la convicción de que se hallaba ante dos embusteros.
—El señor Pitts vino a Claymore para averiguar qué había pasado con su hermano Harvey, me consta positivamente —dijo Vinceton con firme acento.
—Harvey Pitts desapareció y no se ha vuelto a saber de él —respondió Donken lánguidamente—. En cuanto a su hermano, Frank, se marchó hace diez años a Nueva York y allí debe de continuar, me imagino.
—Frank tenía un terreno...
—Ah, sí, Hell’s Hole. Pero lo vendió hace tiempo.
—¿A quién?
Donken recorrió con la vista el cuerpo de Vinceton.
—Se llama Miller, pero hoy está fuera de Claymore. No sé cuándo regresará.
Vinceton sentía que la ira crecía en su cuerpo con violencia que le era difícil reprimir. Ahora comprendía los recelos y temores de su amigo Frank
—Alguacil, ¿qué me dice usted de Roberta Cawlins? —preguntó de sopetón.
La transformación que se operó en el rostro de Donken fue asombrosa. Su redonda cara se puso gris y su papada tembló convulsivamente durante unos segundos. En cuanto a Karr, frunció el ceño y mostró cólera hasta el punto de que Vinceton temió que fuera a echársele encima. Al fin, Donken hizo un esfuerzo y contestó:
—No sé quién es esa tal Roberta Cawlins —dijo. Vinceton apretó los labios. Era inútil seguir insistiendo.
—Gracias, alguacil. ¿Vamos, Ada?
La muchacha asintió. Donken alzó una mano.
—Esperen
Vinceton y Ada le miraron.
—¿Sí, alguacil? —dijo el primero.
—¿Piensan estar mucho tiempo en Claymore?
El joven dudó un instante. Luego, lentamente, respondió:
—La distancia hasta Nueva York es grande y ya se nos ha hecho un poco tarde. Partiremos mañana, después del desayuno.
—Muchas gracias.
—A usted, alguacil.
Vinceton y la muchacha reanudaron la marcha en dirección a la posada.

Ada sentía escalofríos.

—Este pueblo me aterra —confesó.

—Ciérrese en su cuarto, con doble vuelta de llave aconsejó él

—Sí, lo haré, y no precisamente por usted.

—Suelo ser un caballero, a menos que me provoquen —sonrió Vinceton.

Phineas Miller estaba también en la oficina, pero por la parte de dentro, de modo que no pudiera ser visto por los forasteros. Cuando los vio alejarse, se acercó a la puerta.

—De modo que buscan a Frank Pitts —murmuró.

Donken sacó un pañuelo de colorines y se lo pasó por la cara grasienta.

—También mencionó el nombre de Roberta Cawlins —contestó—. Por todos los... ¿Cómo ha podido saberlo?

—Eso es lo de menos ahora. Lo importante es que se marchen mañana.

—Pero pueden hablar...

—¿Quieren que yo me encargue de esa pareja? —se ofreció Karr belicosamente. Miller alzó una mano.

—Déjalos Si se marchan, acabarán por olvidar el asunto —dijo.

—Pueden ser policías... —apuntó Donken, lleno de aprensiones.

—No, no lo son. Simplemente, son conocidos de Pitts y de la rubia. Pero no encontrarán nada, os lo aseguro.

—Cuando se marchen, me sentiré mucho más aliviado —rezongó el obeso alguacil.

—Yo me sentiría mucho más aliviado si encontráramos la moneda de Roberta —dijo Miller, ceñudo—. Recordad que es preciso que reunamos las trece monedas. Sólo entonces obtendremos la fortuna que nos ha prometido nuestro amo todo poderoso. Tenedlo bien entendido y no lo olvidéis jamás.

—Pero aparte de la de Roberta, faltan dos monedas más... —alegó débilmente Donken.

—Ya aparecerán a su debido tiempo —afirmó Miller con acento de total seguridad.

* * *

Cenaron en silencio, sin otro ruido que el ocasional de los cubiertos o el tintineo de las copas. Ada tenía los nervios a punto de estallar.

—Nunca me había sentido tan aprensiva —dijo de pronto, en voz baja—: Esa horrible posadera no nos quita la vista de encima... ¿Y se ha fijado en la mujer que vino antes? La señora Porter, creo haber oído decir... Delgada como un esqueleto... La cara chupada y los ojos que parecían despedir llamas... Decididamente, éste es un pueblo al que no pienso volver más en los días de mi vida.

Vinceton simuló reírse de los temores de la muchacha, aunque, en el fondo, él no dejaba de sentir cierta precaución.

—No hay que ser tan aprensivo —dijo—. A veces, los humanos realizan

acciones que nos resultan incomprensibles y hacen cosas muy distintas de las que habían anunciado. Eso pudo suceder con Frank.

—¿Qué me dice de su amiga, Roberta Cawlins? Según usted, esos dos tipos, el alguacil y su ayudante, son los mismos que fueron a buscar su equipaje. ¿Por qué no fue ella? ¿Por qué no telefoneó siquiera al conserje?

—Ada, lo mejor será que, al menos por esta noche, deje de preocuparse de este asunto. En Nueva York tengo yo un amigo, policía muy competente, y él nos indicará qué pasos debemos dar, para encontrar o confirmar la desaparición de nuestros dos amigos.

—Sí, será mejor —convino la muchacha con un hondo suspiro. Y apartó el plato, cuyo contenido aparecía casi intacto.

Maggie Corcoran se acercó a la mesa.

—No le ha gustado la cena, señorita —dijo severamente.

—No tengo apetito; el viaje ha sido muy fatigoso —se disculpó la muchacha.

—Sí, me lo imagino. Bien, cuando gusten, tienen las habitaciones dispuestas. La señora Corcoran se alejó. Vinceton sacó cigarrillos.

—Yo me iré a mi cuarto en seguida —declaró Ada.

—Para mí es un poco pronto —objetó él—. Me sentaré a fumar un par de pitillos en la veranda. Dejando de lado el ambiente tan fúnebre, este silencio y esta quietud resultan muy agradables.

—Prefiero el ruido de Nueva York, señor Vinceton...

—Llámeme Barney, Ada. Ella le miró y sonrió.

—Creo que soy demasiado temerosa —dijo.

—No se preocupe. Cuando menos lo esperemos, aparecerán ese par de frescos, tan campantes, sin querer admitir siquiera que hayamos creído conveniente saber por qué no daban señales de vida. Relájese y procure dormir.

Ada hizo un signo afirmativo. Vinceton se puso en pie y, tras cruzar el vestíbulo, salió a la veranda, en la que había un par de mecedoras. Eligió una de ellas y se sentó con toda tranquilidad.

Había unos cuantos faroles encendidos. En la puerta de la oficina del alguacil, se veían dos lámparas. Las ventanas aparecían iluminadas. Pero no había un alma en la única calle de la población.

Vinceton fumó dos o tres cigarrillos y, al fin, empezó a sentir el cansancio del viaje. De pronto, cuando ya se disponía a levantarse para subir a su habitación, oyó un siseo en la esquina más próxima.

—Eh, usted..., acérquese... Con cuidado, que no le vean —dijo una mujer.

Vinceton respingó. La esquina daba a un callejón completamente a oscuras. ¿Querían tenderle una trampa?

—No tema, no quiero hacerle daño... —continuó la desconocida—. Por favor, quiero hablarle de los Pitts...

Vinceton se puso rígido. Estuvo un instante convertido en algo muy parecido a una estatua y luego, con gran lentitud se levantó y caminó

lateralmente, pegado a la pared, hasta alcanzar la esquina.

—Hable, señorita... —invitó con voz apenas audible.

—Soy Nancy Warren... Le he visto llegar, con esa chica de Nueva York y...

—¡Un momento! ¿Cómo sabe que venimos de Nueva York?

—La matrícula del coche. Está bien claro.

—Ah..., siga, señorita Warren...

—Ustedes fueron a hablar inmediatamente con el alguacil... Me figuré lo que podía suceder El hermano de Harvey también vino aquí, pero desapareció aquella misma noche y no he vuelto a saber de él.

Vinceton se dijo que sus sospechas empezaban a materializarse. En Claymore sucedían cosas horribles y sus habitantes no querían que el secreto se propagase fuera de la población.

—¿Murió el hermano de Frank Pitts?

—¡Sí! Estoy absolutamente segura... No sé qué le sucedería, pero yo vi su mano izquierda, separada del brazo, caída entre unos arbustos... Y Clem Karr también la vio; lo que sucede es que también está implicado en el asunto y lo negó... y hasta me acusó de haberme emborrachado y fumar marihuana... —Nancy rió agriamente—. ¡Marihuana, por Dios, y en este pueblo! ¿Cómo se puede creer semejante estupidez?

—Yo no creo que usted sea aficionada a fumar «hierba» —dijo Vinceton gravemente—.

¿Qué más, por favor?

—Respecto a eso, es todo lo que puedo decirle, señor Vinceton.

—Ah, conoce usted mi nombre...

—Sí, lo he oído en el albergue de la señora Corcoran. Voy a hacerle la limpieza y así me gano unos dólares.

—Entiendo. Señorita Warren, dígame, ¿ha visto aquí alguna vez a una joven de unos veintinueve o treinta años, llamada Roberta Cawlins?

—No, ni siquiera sé quién es, pero voy a decirle algo muy interesante. Quizá pueda averiguar algo... Vaya después de medianoche al granero que hay situado a la salida, hacia el Sur... No le será difícil dar con él; es una construcción aislada... En la fachada Oeste hay una puertecita; no está cerrada con llave... Entre y mire detrás de las balas de paja.

—¿Qué hay allí?

—Será mejor que lo vea usted mismo. Por favor, no puedo entretenerme más; tengo que acabar mi tarea y he dicho a la señora Corcoran que iba al lavabo. Adiós.

Nancy se despidió apresuradamente. Hondamente preocupado, Vinceton regresó a la puerta principal y entró en el edificio. A lo lejos, se oía el ruido de la descarga de una cisterna.

Sonrió para sí. La chica, fuese quien fuese, lo había sabido hacer bien. La voz un tanto áspera de la señora Corcoran sonó irritada, apremiando a Nancy en su trabajo. La chica se disculpó con sus desarreglos intestinales. «Lista,

muy lista», pensó Vinceton, mientras subía al piso principal.

Abrió la puerta y vio a Ada parada en el centro del dormitorio.

CAPITULO VI

Ada inspiró con fuerza el humo del cigarrillo que Vinceton acababa de encenderle.

—No podía dormir —declaró la joven, tras las primeras bocanadas—, Y por si fuera poco, tampoco tenía fósforos en el bolso.

—Yo tengo la tira; le dejaré... a menos que quiera acompañarme. Las cejas de Ada se levantaron súbitamente.

—¿Adónde? —preguntó.

—Ya lo sabrá más tarde. He recibido un «chivatazo» —sonrió Vinceton.

—¿Quién...?

—Ahora no haga preguntas, por favor... —Súbitamente, Vinceton se lanzó hacia Ada y la empujó en dirección a la puerta, casi con violencia—. Silencio —ordenó.

Ella se quedó completamente inmóvil, mientras, asombrada, veía al joven quitarse la chaqueta con toda rapidez. Vinceton se aflojó la corbata y soltó uno de los puños de su camisa Luego, bruscamente, abrió la puerta.

La señora Corcoran se irguió en el acto, con la cara completamente roja.

—Estoy solo en mi habitación, si desea comprobarlo, señora —sonrió Vinceton—. Créame, si la señorita Eakin y yo quisiéramos hacer algo, no elegiríamos precisamente su albergue. —Mientras hablaba, se soltaba el otro puño de la camisa—. En Nueva York hay infinidad de sitios donde una pareja puede regocijarse sin temor a las murmuraciones..., además de que, hoy día, eso es algo a lo que no se le concede la menor importancia.

El voluminoso pecho de la señora Corcoran se hinchó como si estuviese conectado a una manguera de aire.

—Sólo quería saber si se encuentra bien acomodado —contestó, muy tiesa.

—Sí, perfectamente, muchas gracias, señora.

La mujer se alejó. Vinceton simuló cerrar la puerta, pero, en realidad, permaneció vigilándola hasta que la vio desaparecer por la escalera que conducía a la planta baja.

Entonces movió la mano izquierda.

—Ada, corra a su habitación y métase en la cama. Iré a buscarla después de la medianoche —siseó.

—Está bien.

Las horas pasaron lentamente para la muchacha, aguardando a Vinceton. Al fin, cuando ya empezaba a dormirse, notó una mano que la sacudía ligeramente por el hombro.

—Vístase pronto —oyó la voz del joven.

Ada se despabiló instantáneamente. Cuando salió al pasillo, vestida con chaquetón y pantalones, Vinceton le hizo una seña de que le siguiera en silencio. Ada observó que el joven llevaba en la mano una linterna eléctrica, seguramente, procedente de la guantera de su coche.

Paso a paso, descendieron hasta la planta baja, alumbrada únicamente por una triste lámpara de poca potencia. El silencio era absoluto.

Unos minutos después estaban en el granero. Vinceton abrió la puerta señalada. Ada temblaba ahora más que de miedo, por la excitación de lo que estimaba una aventura singular.

El foco de luz de la lámpara se paseó por el interior del granero. Al otro lado había un enorme montón de balas de paja.

Vinceton avanzó paso a paso. Aquella aglomeración parecía ocultar algo, se dijo, muy pensativo.

Dio la vuelta al montón y, de pronto, vio que había una solución de continuidad, un espacio entre dos hileras de paja, de unos cincuenta centímetros de ancho. La paja que había en aquel hueco estaba suelta y empezó a removerla con ambas manos, mientras Ada sostenía la linterna.

De repente, algo quedó a la vista.

—¡Dios mío! —oyó Ada.

Se inclinó un poco v vio a Vinceton en cuclillas, rozando con las yemas de los dedos la brillante carrocería plateada de un coche deportivo.

—Barney...

—Es el «Mercedes» de Roberta Cawlins.

Ada se quedó sin respiración. Si el coche estaba allí... Roberta, ya no cabía la menor duda, había muerto.

Vinceton pidió la linterna y avanzó unos pasos más. Sobre el coche había una especie de entramado de vigas y tablas que servían para sostener las balas de paja que lo ocultaban. Ada vio que el joven examinaba con todo interés el interior del vehículo y pensó que estaba buscando rastros. Bruscamente, oyó una exclamación de asombro:

—¡La moneda! ¿Cómo pudo dejársela en la guantera?

Vinceton permaneció unos instantes en la misma posición. Luego retrocedió, salió afuera, dio la linterna de nuevo a la joven y empezó a mover la paja, para dejar el escondite en las mismas condiciones que lo habían encontrado a la llegada.

Inesperadamente, sonaron voces en el exterior.

—Viene alguien, Barney —dijo, aterrada.

Vinceton apagó la linterna instantáneamente y buscó su mano. En la oscuridad, tiró de ella hasta situarla detrás de una pila de grano, junto a la pared del fondo.

La puerta grande se abrió. Un par de lámparas iluminaron el interior del granero.

—No hay nadie, señor Miller —sonó la inconfundible voz del alguacil.

—Eso está mejor, Harriman. Sinceramente, llegué a creer que esa pareja... Pero se ve que estaba equivocado.

—El coche... —apuntó Karr.

—Déjenlo que siga donde está. Yo me encargaré de él a su debido tiempo.

—Puede resultar comprometedor, señor Miller.

—Hasta ahora, no lo ha encontrado nadie... Pero no teman, nadie lo encontrará. Los forasteros se irán después del desayuno. Se olvidarán de Claymore, téngalo por seguro. Lo mejor es seguir como hasta ahora. No se preocupen de más.

El rumor de las voces se alejó. Vinceton empezó a erguirse lentamente. A su lado, la cara de Ada era una mancha pálida en la oscuridad.

—Roberta fue asesinada... —dijo la chica con voz entrecortada.

—Ya no cabe la menor duda —asintió Vinceton—. Pero mucho me temo que no vamos a disponer de pruebas.

—Tenemos el coche, ¿no?

—Apostaría a que en cualquier parte hay un recibo de venta, firmado por Roberta.

Será una falsificación, claro, ¿quién demuestra lo contrario?

—Entonces, ¿qué hacemos, Barney?

—Regresar a Nueva York, vivitos y coleando, ahora que podemos hacerlo. Ya ha oído a esos sujetos, me parece.

—Sí —convino Ada pensativamente—. Escuche, a Frank Pitts le mataron porque había venido a investigar la muerte de su hermano. Esto se comprende en cierto modo: tapar una muerte con otra... Pero ¿por qué asesinaron a Roberta? ¿Qué tenía ella que ver con lo que aquí sucede?

—No lo sé, francamente, no lo sé... Lo único que puedo decir es que yo también empiezo a sentir miedo y que estaremos más seguros en Nueva York. Allí, además, tengo ese amigo policía y él nos aconsejará sobre lo que debemos hacer. Vámonos, ya hemos pasado aquí demasiado tiempo.

Sigilosamente, salieron del granero y volvieron al albergue, sin que nadie se hubiera percatado de sus movimientos. A la mañana siguiente, tras el desayuno, Vinceton abonó la cuenta. Momentos más tarde, salían de aquel pueblo, dejando a sus espaldas un ambiente tétrico y opresivo.

A media milla de la población, apenas habían doblado una curva, vieron la figura de una persona que les hacía señas para que se detuvieran.

* * *

Nancy Warren se acercó al coche y miró largamente a la pareja.

—¿Encontraron algo? —preguntó.

—Sí, pero quieren hacerlo desaparecer —contestó Vinceton.

—Es lógico, no les conviene que lo encuentren. Miller quería conservarlo. Es un coche muy bonito, ¿verdad?

—Nancy, nosotros regresamos a Nueva York. Ahora, de día, dígame con sinceridad: ¿es cierto lo que me dijo de la mano de Harvey Pitts?

—Se lo juro por la salvación de mi alma —contestó la chica dramáticamente—. Y su hermano también está muerto, aunque, la verdad, no sé dónde pudieron enterrar los cadáveres. A menos...

Nancy se mordió los labios.

—Estaba pensando en las reuniones que celebran —añadió.

—¿Qué reuniones? —se extrañó Vinceton.

—Aquí suceden cosas horribles pero los que toman parte en ello no hablan jamás, no mencionan lo que hacen en ciertas noches de plenilunio... Sé que se van a Hell's Hole...

—¡Hell's Hole! —repitió Vinceton, asombrado—. ¿No se llamaban así las tierras que pertenecían a los Pitts?

—El Pozo del Infierno —tradujo Ada.

—Sí, justamente —admitió Nancy—. Van allí, aunque yo no me he atrevido a acercarme nunca. Acuden muchos, hombres y mujeres...

Vinceton pensó inmediatamente en alguna ceremonia diabólica, algún rito de brujería infernal..., incluso con víctimas humanas La idea era tan fantástica que la desechó de inmediato, pero, no obstante, permaneció adherida a- su mente con extraña firmeza.

—Todo empezó cuando Miller llegó al pueblo, nadie sabe de dónde venía —continuó la chica—. En pocas semanas se hizo el amo de la voluntad de unos cuantos hombres y mujeres... Este sitio era antes alegre y tranquilo, a pesar del puritanismo y la severidad de muchos de sus habitantes... Pero desde que apareció Phineas Miller, todo ha cambiado... Hasta los chiquillos han perdido las ganas de jugar... ¿Saben que apenas si se ven palomas? Antes teníamos muchísimas y se paseaban por las calles y no se espantaban de los transeúntes... El diablo vive con nosotros, créanme.

Ada sintió un escalofrío al oír aquellas palabras. Los ojos de Nancy Warren brillaban casi demencialmente. Pero, se dijo, aquella pobre chica debía de estar sometida a una presión intolerable.

—Nancy, nosotros no podemos hacer nada por ahora, caso de que se haya cometido algún crimen —dijo Vinceton—. No hay pruebas y si se les pregunta a los sospechosos, lo negarán rotundamente. Sin embargo, le aseguro que haremos todos los posibles por seguir investigando.

—Yo también lo haré —declaró la chica—. Mis padres están aterrados; ellos no saben lo que sucede. Seguramente, los asustó..., aunque me parece que también les dio dinero Continuamente me aconsejan que no meta las narices donde no me importa..., pero yo quiero que se sepa lo que pasa aquí.

—Le daré un consejo, Nancy. Tenga cuidado, mucho cuidado.

—Sí, ya lo sé que no puedo fiarme. —Ella rió ligeramente—. Pero no soy tonta. Y tengo medios de enterarme de lo que sucede.

—¿Cómo? —preguntó Ada, muy interesada en la declaración de Nancy Warren. Nancy sacó el busto orgullosamente.

—Tengo buenas armas, ¿verdad? —sonrió—. Y hay un hombre que se me come con los ojos... Claro que si se piensa en el saco de huesos que tiene en la cama todas las noches... Clem Karr no, ése es medio tonto y sólo tiene fachada, pero apostaría algo a que hago hablar a Leo Green. Claro que no será cosa de un día...

Vinceton extrajo una tarjeta de visita de su billetera y añadió diez dólares.

—En cuanto sepa algo, telefonee o envíe un telegrama, Nancy.

—Lo haré —prometió la chica—, ¡Buen viaje!

Nancy desapareció entre los matorrales que bordeaban el camino. Ada y Vinceton cambiaron una mirada.

—¿Qué le parece? —preguntó ella.

—Creo que hemos dado un primer paso, muy positivo. Al menos, contamos con una persona que está de nuestra parte.

—Con tal de que no cometa una imprudencia fatal...

—Sinceramente, pienso que Nancy es lo suficientemente lista para desenvolverse con la habilidad suficiente, que le permita adquirir interesantes informaciones —dijo Vinceton, mientras volvía a dar media vuelta a la llave de contacto.

CAPITULO VII

La campanilla de la puerta sonó un par de veces. Desde su gabinete de trabajo, Vinceton oyó los alegres ladridos de «Blookie». El joven se levantó y desde la ventana pudo ver la rubia cabellera de una encantadora visitante, en tomo a la cual daba grandes saltos el perro. Vinceton sonrió al darse cuenta de las buenas migas que habían hecho Ada y «Blookie». No era corriente; en general, cuando llegaba alguien, era preciso encadenar al perro antes de permitirle el acceso al jardín.

Descendió al primer piso. Habían transcurrido ya algunas semanas desde el viaje a Clay more y hasta el momento no se habían producido alteraciones en la situación. Ada entró, con el perro a su lado, y Vinceton la ayudó a quitarse el abrigo.

—Venga a la biblioteca —dijo—. Hay un buen fuego y podrá calentarse.

—Sí, el invierno se nos echa encima —sonrió ella, con la cara encendida por el frío—. ¿Le importa que haya venido a visitarle?

—Me encanta. Pase, ahora nos traerán café.

«Blookie» se tendió sobre una piel, frente a la chimenea. Vinceton puso unos dedos de brandy en dos copas. Secretamente, admiró la esbelta figura de la joven Ada llevaba puesto un traje de lanilla, de color rojo oscuro, que se amoldaba perfectamente a las curvas de su cuerpo joven y espléndidamente conformado. Aunque llevaba botas de piel, podía ver unas rodillas redondas, de perfecto diseño.

—Hasta ahora no sabemos nada —dijo Ada, después de que Minnie hubiese traído el servicio de café.

—Estamos en la misma situación —convino él—. Mi amigo el policía se ocupó de que se hicieran unas discretas indagaciones, pero no pudo conseguir nada. Esos crímenes se lo aseguro han sido cometidos con el máximo de precauciones

—Pero no conocemos los motivos,.. Tal vez, en el caso de Roberta Cawlins, si llevaba joyas... El coche, no: un «Mercedes» es peligroso de vender, cuando se ha robado. Usted dijo que Roberta era millonaria...

—Sus cuentas corrientes siguen intactas. En cuanto a joyas, no me parece que derrochase demasiado dinero y, en todo caso, ésa es una pista relativamente fácil de borrar.

—Entonces, ¿habremos de abandonar el caso? Vinceton sonrió.

—¿Qué hace usted ahora? —preguntó.

—Sigo con el mismo empleo. El gerente consiguió una autorización judicial para operar con el negocio, bajo la supervisión de un fideicomisario contable nombrado por el mismo juez, mientras se consigue la declaración de muerte legal y se inician gestiones para encontrar a los posibles herederos de Frank Pitts.

—Bueno, al menos no se ha quedado sin trabajo. La felicito.

—Gracias, Barney... Ah, ¿qué me cuenta de la moneda? Usted dijo que la entregaría a un especialista en numismática...

La cara de Vinceton adquirió de pronto una inusitada expresión de gravedad.

—Es cierto —contestó—. Hablé con él, le enseñé la moneda y me dijo que no había visto jamás nada igual, pero que consultaría con un experto arqueólogo. Hicimos unas cuantas fotografías ampliadas y... bien, ayer recibí la respuesta. Jamás han visto nada semejante, aunque el arqueólogo opina que esa moneda tiene algo que ver con la demonología.

—¡Un conjuro para invocar al diablo! —se aterró Ada.

—Nosotros no creemos en esas supersticiones, pero hay otros que sí creen —dijo él sombríamente—. Y, a veces, pienso que puede ser verdad...

—¡Por favor, Barney! —Protestó la muchacha—. Usted es un hombre cultivado, erudito... No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Digo lo que siento, simplemente, Ada.

El teléfono sonó de repente. Estaban sentados en un diván, cerca del fuego, y Vinceton se levantó para atender la llamada.

—Disculpe —rogó.

Ada hizo un gesto de aquiescencia. El dueño de la casa levantó el teléfono.

—Vinceton —dijo.

—Ah, hola Barney, soy Henry Davidson. Tengo que darte una noticia interesante.

¿Recuerdas las acciones de la Folsom Express & Merchandises, Inc.? ¿Sí? Tú tenías, lo sé yo, porque para eso soy tu agente de bolsa, un buen paquete, heredado de tu difunta tía. La verdad, esas acciones estaban por los suelos y no comprendo cómo hubo alguien que aconsejó a tu tía que las comprase..., pero, por lo visto, el tipo tenía buena vista... a largo plazo, claro Ahora están a ciento veintidós sobre su valor nominal y siguen subiendo. La Folsom ha realizado una serie de operaciones comerciales de gran envergadura y con éxito total... Bueno, el caso es que esa compañía se ha revitalizado por completo... Bien, para serte sincero, no me extrañaría que antes de dos meses puedas considerarte millonario. Felicidades, chico.

Vinceton se quedó atónito. Con la herencia, había recibido aquel paquete de acciones, con las que había tenido que quedarse, porque nadie quería comprarlas. Ahora, de súbito, resultaba que tenían un enorme valor y podían proporcionarle un fortuna.

Pero, de repente, se acordó de Roberta... y de Ed Sharpe. Y sintió miedo.

—¿No me dices nada, Barney? —preguntó el agente de Bolsa, en vista del silencio de su interlocutor.

—Sí, tengo que decirte algo, Henry. Vende.

—Pero... Barney, no seas loco...

—Vende inmediatamente, Henry, a cualquier precio, aunque yo pierda dinero en la transacción.

—Eso es un disparate —protestó Davidson—. Estás enfermo?

—Henry, mañana te llamaré y quiero que me traigas los certificados de venta. Si no lo has hecho, iré a tu despacho, te pediré las acciones y las quemaré allí mismo. ¿Has entendido?

—No, pero lo haré, aunque el diablo me lleve si... Vinceton lanzó una estridente carcajada.

—¡El diablo! Por eso las vendo, Henry —exclamó. Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—La moneda —dijo—. Empieza a traerme buena suerte. Y yo no quiero la fortuna adquirida a cierto precio.

Ada palideció, porque sabía lo que les había ocurrido a dos de los poseedores de aquellas extrañas monedas.

—Deshágase de ella —aconsejó—. Tírela a algún sitio muy hondo, donde nadie pueda encontrarla...

—Aguarde un momento, por favor.

Vinceton marcó un número. Alguien le dijo que el señor Sharpe no estaba en su casa, aunque podría encontrarlo en determinada dirección, de la que facilitó también el número de teléfono. Paciente, Vinceton volvió a marcar.

A los pocos momentos, le contestó un sujeto que dijo llamarse Tommy Charles.

—Le conozco a usted, señor Vinceton —manifestó el individuo—. Alguna vez, hace tiempo, venía a tomarse una copa con el señor Sharpe...

—Precisamente quiero hablar con él, Tommy.

—Oh, cuanto lo siento. Se ha marchado hace unos minutos... después de encargarme una buena apuesta. ¿Quiere que le juegue veinte dólares en favor de «Flashman»? La cotización de las apuestas es treinta a dos... y yo confío mucho en el buen ojo del señor Sharpe. Últimamente no falla una sola, créame.

—No, gracias, Tommy —rechazó Vinceton el ofrecimiento. «También apuestas en los caballos de carreras», pensó—. Hablaré con Ed en su casa. Muchas gracias.

—Encantado, señor Vinceton.

El teléfono volvió a su sitio. Ada vio que las sombras continuaban en el rostro del joven.

—¿Sucede algo malo? —preguntó.

—Sharpe no está en su casa, aunque eso no quiere decir nada. Desde que se hizo millonario... lleva vida de eso, de millonario —contestó Vinceton con una sonrisa—. Y hablando de otra cosa: la tarde está cayendo y el barómetro ha bajado bastante. Puede que llueva ó quizá nieve... y con la mayor sinceridad del mundo le ofrezco hospedaje en mi casa.

Ada sonrió encantadoramente.

—Acepto gustosa —dijo.

* * *

Los ojos de Leo Green brillaron codiciosamente al abrir la puerta. Convertida en una especie de sombra fantasmal, Nancy Warren franqueó el umbral y se echó hacia atrás la capucha de su chaquetón, en la que se veían chispear algunos copos de nieve.

La casa de Green estaba agradablemente caldeada. Aparte de la estufa del piso superior, había un gran fuego en la chimenea de la planta baja, cuyas llamas eran la única luz que alumbraba el interior en aquellos momentos.

—¿Tu mujer? —preguntó ella.

—No te preocupes. Ese montón de piel y huesos está con su madre en Cinnerstowe... Ha sido una pulmonía muy oportuna y ojalá le dure unas cuantas semanas —contestó Green riendo—. Te ha visto alguien?

—¿Me tomas por tonta?

Nancy se quitó el chaquetón lentamente. Green sin- tío que se le secaba la boca, al ver la blusa transparente. Sin poder contenerse, avanzó hacia la muchacha.

Ella apartó sus manos con las suyas, a la vez que soltaba una risita.

—¿Tienes... mucha urgencia?

Green la abrazó con verdadera avidez.

—No te lo puedes imaginar —dijo roncamente—. Tú eres tan distinta, tan... femenina...

—Eso sí es cierto —contestó Nancy maliciosamente, mientras dejaba que el hombre la desnudase a puñados. Cuando se quedó sin una sola prenda, corrió hacia las pieles que había junto a la chimenea y se tendió sobre ellas, de espaldas, ofreciéndose impúdicamente.

Green emitió un gruñido animal y se quitó también sus ropas. Nancy lo acogió en sus brazos. Hubo un rato de relativo silencio, interrumpido por suspiros y jadeos. Luego, Green se volvió a un lado, sudoroso y sin aliento.

—Eres muy buena —elogió—. Sabes hacer las cosas... como deben hacerse. Nancy soltó una risita.

—¿De veras lo crees así? —Su dedo índice recorrió el velludo torso masculino—. Tú también te has portado... como un hombre.

Durante unos minutos charlaron de temas indiferentes, sumidos en la dulce languidez que les proporcionaba la proximidad de las llamas. Luego, el hombre se levantó y arrojó un par de troncos a la chimenea. A continuación llenó dos copas y se sentó junto a Nancy.

—No, no, yo no bebo —dijo ella, rechazando la copa con energía—. Luego dicen que si veo visiones y cosas raras... y a lo mejor tienen razón. El licor me sienta mal... y yo quiero estar serena. ¿Comprendes?

Green soltó una ruidosa carcajada. Apuró el contenido de su copa y se bebió también la que estaba destinada a la chica. Luego giró un poco y quiso besarla, pero ella le puso una mano ante la boca.

—No tengas tanta prisa. Hay tiempo, querido.

—Por eso, como hay tiempo, quiero aprovecharlo —dijo Green alegremente Y de nuevo trató de echarse encima de Nancy, pero ella volvió a

rechazarlo—. ¿Qué te pasa? — Pregunto, un tanto irritado—. ¿Es que te has cansado... tan pronto?

—¡Qué cosas dices! Cansarme... con un hombre como tú..., pero es que me parece que tomas algo para estar más... viril, ¿no es así?

—No tomo nada; simplemente, soy como soy, cuando estoy al lado de una mujer que vale la pena.

—¿Soy yo esa mujer?

—Demasiado lo sabes —dijo Green con un gruñido.

Riendo, Nancy lo hizo caer de espaldas y quedó sobre él, de modo que sus senos quedasen casi rozando la cara del individuo.

—Quiero que me cuentes una cosa —manifestó.

—¿De qué se trata? —Los ojos de Green bizqueaban. ¿Cuánto tiempo hacía que no había visto nada tan hermoso?

Nancy se lo explicó. Green pareció asustarse al principió, pero cuando ella se movió ligeramente de derecha a izquierda, haciendo oscilar sus pechos colgantes, Green se rindió por completo.

Más tarde, pero un poco antes del momento culminante, ella le hizo otra pregunta.

Green emitió un sonido apenas inteligible;

—Mañana. Por la noche...

Luego, al recobrar la cordura, miró fijamente a la muchacha,

—Nancy, tú me has hecho un favor y yo he querido corresponderle, pero quiero que me jures una cosa.

Ella le acarició la mejilla con una mano.

—Sí, lo que tú digas —contestó.

—Por lo que más quieras, no repitas a nadie lo que te he contado. —De súbito, se inflamaron los ojos de Green—. Escucha, es preciso que aguardemos algún tiempo. Entonces, yo seré muy rico, inmensamente rico... y podremos marcharnos de aquí...

—Oh, Leo, pero ¿qué dirá tu mujer?

—¡El diablo cargue con esa bruja! —contestó Green brutalmente. Nancy soltó una risita.

—Si te conviertes en un hombre rico, nos iremos a Claymore —aseguró.

Cerca de la madrugada, Nancy se dispuso a abandonar la casa de los Green. A través de la puerta entreabierta, divisó el suelo cubierto de una fina capa blanca.

—¿Y con este frío piensas...?

—Silencio —dijo él vivamente, casi asustado—. No hables, no menciones el asunto, por lo que más quieras.

—Descuida, seré tan silenciosa como una tumba. Green buscó una vez más la boca de la muchacha.

—¿Cuándo... de nuevo? —preguntó.

—Deja pasar unos días. Dije a mis padres que la señora Corcoran no se sentía bien y que dormiría en el albergue. No se hablan con ella, así que no

hay miedo de que descubran la mentira.

—Eres una chica lista —dijo Green admirado.

«No lo sabes bien», pensó ella, a la vez que se subía el capuchón de la chaqueta forrada de piel y se lanzaba al frío ambiente de la amanecida.

Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue llenar la bañera de agua bien caliente.

La señora Warren se extrañó de que su hija tomase un baño tan temprano.

—He dormido vestida —explicó la chica llanamente.

Y luego empezó a pensar en la forma en que podría avisar a Vinceton de lo que se preparaba para aquella misma noche. El cielo estaría encapotado, por supuesto, pero la luna, en fase de plenilunio, brillaría radiante por encima de la espesa capa de nubes que ocultaban la tierra. Lo peor de todo era que la misma pequeñez de Claymore impedía la existencia de una oficina de Telégrafos. Y los dos únicos teléfonos, uno en la casa de Miller y otro en la oficina del alguacil, estaban precisamente en los dos únicos lugares a los que no se podía acercar.

Y, por si fuera poco, los Warren tampoco disponían de coche.

CAPITULO VIII

Al día siguiente, por la tarde, Vinceton, curioso, buscó en el periódico el resultado de las carreras.

Se quedó pasmado. «Flashman» había ganado por tres cuerpos de ventaja, rompiendo todos los pronósticos. Los que habían apostado por el caballo iban a ganar una pequeña fortunita.

¿Era cierto que aquella extraña moneda traía buena suerte a sus poseedores y los convertía en millonarios?

Pero ¿de qué servía la buena suerte, si luego acababan muertos de una forma misteriosa?

Ada llamó a los pocos momentos.

—¿Ha leído el periódico? —preguntó la muchacha.

—¿A qué noticia se refiere?

—A las carreras de caballos. «Flashman» ganó.

—Lo sé, Ada.

—¿Qué va a hacer con la moneda, Barney?

—Aún no he tomado una decisión. Esperaré a que digan algo más sobre su origen.

~—Está bien. ¿Qué sabe de Sharpe?

—Todavía nada. Su mayordomo me ha dicho que salió de viaje, pero no dijo nada sobre su regreso. Esperaré un poco más y...

—¿Piensa volver a Claymore?

Vinceton guardó silencio unos instantes.

—La verdad, me siento muy confundido —respondió al cabo—. Aún no sé qué hacer.

—Cuando tome una decisión, no deje de llamarme.

—Lo haré, Ada. Ah, una cosa...

—¿Sí, Barney?

—«Blookie» parece un poco triste Ella se echó a reír.

—¿«Blookie» o su amo...? —preguntó intencionadamente.

—Ambos —respondió él con jovial acento.

—Está bien, en cuanto me sea posible, iré a visitar al perro. Estos días andamos agobiados con el trabajo.

—No se mate, Ada.

—Quiero hacer méritos. El gerente me ha anunciado un próximo ascenso a un puesto de categoría.

—Oh, la felicito. Pero, repito, no se fatigue.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, Barney.

Vinceton dejó el teléfono. Aquel condenado Sharpe, ¿dónde diablos podía haberse metido?

De haber sabido la verdad, se hubiera sentido enfermo.

* * *

Oculta entre los arbustos, insensible al frío que reinaba a su alrededor, Nancy contempló la horripilante escena sin perderse el menor detalle. La hoguera que arrojaba llamas azules, verdes y amarillas, la mesa... los hombres y las mujeres desnudos que bailaban aquella frenética danza... y el hombre atado a la mesa y que parecía loco de pavor.

Lo peor vino más tarde, cuando los cuchillos se abatieron sobre el cuerpo de Ed Sharpe... y cuando trozos enteros de su carne fueron separados con brutales tajos... y devorados más tarde por aquel grupo de gentes endemoniadas, que parecían fuera de este mundo... Nancy no quería dar crédito a sus ojos, pero lo que sucedía allí era la más absoluta realidad. ¿Cómo habían podido entregarse a tan horripilante ceremonia?

Enferma de miedo y de asco, se dispuso a retirarse. Entonces oyó la voz de Miller, que anunciaba la riqueza y la felicidad eternas a los presentes, cuando la última moneda hubiera vuelto al lugar de donde había salido.

—Entonces, la tierra se abrirá en este mismo sitio v nos mostrará los tesoros que esconde desde tiempos inmemoriales...

Nancy no quiso oír más. Tampoco quería seguir presenciando aquellas horripilantes escenas. Pero debía evitar que se repitieran.

El instinto le dijo que debía ser cauta v precavida al máximo; de lo contrario, su vida no valdría un centavo. Y si no, bastaba pensar en la mano izquierda de Harvey Pitts... y en la misteriosa desaparición de su hermano. Pero Vinceton debía saber lo ocurrido y se devanó los sesos pensando en el medio de enviarle un mensaje detallado, contándole todo cuanto había presenciado.

Tras mucho reflexionar, creyó haber encontrado al fin el medio de comunicarse con Vinceton, sin que nadie sospechase de ella.

* * *

El autobús de la compañía Greyhound se detuvo ante el albergue, como hacía una vez por semana. Dos pasajeros descendieron, ambos vecinos del pueblo. Uno de ellos era Edna Green, cuyos menudos ojillos contemplaron rencorosamente a la chica que salía de la casa en aquel momento. El otro era un comerciante llamado Fenner, para Nancy, una de las pocas personas decentes de la aldea.

Nancy se acercó al conductor con un par de sobres en la mano.

—Haga el favor de echarlos en el buzón de Slipermore —dijo—. Son de la señora Corcoran...

El chófer asintió, a la vez que guiñaba un ojo a la chica.

—Un día voy a simular una avería y me quedaré aquí a pasar la noche — dijo intencionadamente.

—Sólo a dormir, claro.

—En amable compañía... Nancy sonrió.

—No se olvide de las cartas, Buck —dijo, a la vez que giraba en redondo. El conductor suspiró al ver el movimiento de aquellas caderas tan apetitosas.

—Cómo me gustaría pillarte por mi cuenta... —rezongó, a la vez que embragaba para continuar su ruta.

Las cartas quedaron sobre la repisa delantera. Buck Bronson solía hacer muchos encargos de esa índole. En la siguiente parada, se apeó y echó las cartas al buzón. Y ya no volvió a preocuparse más del asunto.

* * *

Lleno de horror, Vinceton leyó la carta que le había enviado Nancy Warren, pensando en que era imposible que sucedieran tales cosas en este siglo. Invocaciones al demonio, brujería, sacrificios humanos, canibalismo...

¿Qué había enloquecido a unas gentes que, con todos sus defectos, habían sido siempre sensatas y ponderadas? ¿Qué misteriosas fuerzas les habían llevado a cometer semejantes aberraciones?

«Blookie» ladró en aquel instante. Vinceton dejó la carta a un lado.

Ada y el perro avanzaban juntos por el sendero central del jardín Vinceton hizo una fuerte inspiración y se dispuso a recibir a la muchacha.

Momentos después. Ada estrechaba la mano del joven. Pero al mismo tiempo, observó la palidez de su rostro.

—¿Sucede algo grave? —preguntó.

—Sí. He tenido noticias de Claymore. Nancy Warren ha conseguido enviarme una carta. Dice que la tuvo que escribir a ratos, cuando nadie la veía, y que la entregó al chófer del autobús de línea, aprovechando que la señora Corcoran enviaba otra, haciendo un pedido de telas para cortinas de sus ventanas de su albergue.

—¿Puedo leer la carta? —consultó Ada, presintiendo que iba a enterarse de algo horrible.

—No sé si debo...

—Por favor, Barney.

Cuando terminó la lectura, Ada se sentía desfallecer. Vinceton le ofreció una copa de brandy.

—Es espantoso —calificó la muchacha—. ¿Cómo pueden suceder estas cosas en nuestra época, Barney?

—Suceden, Ada —dijo él—. Y yo mismo he sido protagonista de uno de esos hechos tan misteriosos.

—Pero ha tenido la fortaleza suficiente para rechazar la fortuna que le traía esa moneda.

—Quizá es porque ya estaba enterado de lo que podía suceder. Pero ¿qué habría pasado si yo no me hubiera encontrado con Roberta y con Sharpe?

—Es mejor no pensarlo —se estremeció la muchacha—. Barney, ahora debemos hacer algo. Hay que impedir que se cometan más crímenes.

Vinceton se pellizcó el labio inferior.

—Sólo se me ocurre un procedimiento —manifestó.

—Dígalo, pidió ella.

—Mi amigo el policía.

Ada hizo un gesto de aquiescencia.

—Es la única solución, en efecto —convino.

—Vinceton tomó un par de sorbos de brandy. Luego se acercó al teléfono, marcó un número y pidió comunicación con el inspector Patrick Flaherty.

* * *

El inspector Flaherty era el clásico policía de origen irlandés: pelirrojo, pecoso, con nariz de boxeador y mandíbula saliente y poderosa, junto con un cuerpo que había sido empleado decenas de veces como ariete para hacer saltar puertas al otro lado de las cuales se encontraban recalcitrantes violadores de la ley. Pero su aspecto nado y casi brutal no excluía una aguda inteligencia que le había llevado a escalar puestos en la policía de Nueva York antes de los cuarenta años.

A Flaherty le gustaba mucho el whisky de centeno y Vinceton había puesto una botella en la mesa junto a la cual se hallaba sentado el policía. Flaherty leyó la carta detalladamente y volvió a releerla. Al terminar, elevó sus azules ojos hacia el rostro de su amigó.

—Esto es grave, muy grave —calificó.

—Sí —dijo Vinceton.

—Nosotros vimos el «Mercedes» de Roberta Cawlins —intervino Ada.

—Pero a estas horas habrá desaparecido —añadió Vinceton.

—Un coche, aparentemente abandonado, no es una prueba de que su dueño haya sido asesinado —dijo Flaherty pensativamente—. No obstante, puede constituir un indicio que permita iniciar una investigación, aunque a mí me está vedado el hacerlo. Te imaginas las causas, Barney, supongo.

Vinceton asintió.

—Cierto —convino—. Tú perteneces a la policía de Nueva York y Claymore está en otro estado. Sin embargo, creo haberte oído decir que allí tienes buenos amigos.

Flaherty agitó la carta.

—Me la quedo —dijo—. Haré que se investigue, aunque será preciso actuar con el máximo de discreción.

—Sobre todo, hay que evitar perjuicios a Nancy Warren —advirtió el dueño de la casa. Flaherty sonrió.

—Sabemos cómo «cubrir» a nuestros confidentes... —respondió—. Y ya disponíase a marchar cuando, de pronto, pareció recordar una cosa—: Te he oído mencionar una moneda misteriosa, Barney.

—Sí, Pat. ¿Quieres verla?

—No estará de más que le eche un vistazo —el policía sonrió—. ¿Sabes?, en Irlanda tienen muchas leyendas de gnomos y hadas...

—Pero no de reuniones para invocar al diablo.

—No, eso no.

Momentos después, Flaherty tenía la moneda en la mano. Después de contemplarla con toda atención, la devolvió a su dueño.

—Tengo que hacer memoria —dijo, con el ceño fruncido—. Hace días, no sé dónde, oí mencionar a alguien algo sobre una moneda de la suerte. Puede que se trate de una coincidencia...

—Si ese individuo se ha enriquecido en poco tiempo, no hay duda, se trata de otra moneda como ésta —exclamó Vinceton—. Y recuerda lo que dice Nancy en su carta y que oyó en la reunión de caníbales endemoniados: faltan solamente dos monedas: esta que tenemos a la vista v otra, que no sabemos en poder de quién se encuentra actualmente.

—La buscaré —prometió Flaherty.

Cuando el policía se hubo marchado, Ada formuló una duda:

—Hay algo que no acabo de comprender —manifestó—, Todos los que han poseído una moneda se han enriquecido considerablemente. Usted ha podido ser un ejemplo, aunque ha rechazado la fortuna. Pero ¿y los otros? ¿A quién han ido a parar las fortunas que les proporcionaron las monedas?

—Hay muchas cosas que ignoramos todavía y que puede que no sepamos jamás en los días de nuestra vida —respondió Vinceton gravemente—. Pero es evidente que el que tuvo una moneda, murió más tarde.

—Las monedas de la muerte... —Ada se estremeció—. Nancy dice que son trece. Faltan solamente dos... ¿Han asesinado y devorado ya a once víctimas, Barney?

Aquella pregunta era imposible de responder. Pero antes de que Vinceton dijese una sola palabra, la señora Hammer le anunció una visita.

Era Davidson, el agente de Bolsa. Después de las presentaciones, Davidson dio una noticia al joven.

—Vendí aquellas acciones, como dijiste. Y créeme, fue una locura... Ahora valen ya el triple... Pero eso no es todo, Barney. Tienes participación en otra empresa, exactamente, el dieciocho por ciento. Esa empresa ha prosperado enormemente y necesitan ampliar su campo de operaciones, pero, por lo mismo, quieren plena libertad de acción.

—Bueno, se la damos y en paz —sonrió Vinceton.

—Tú no me has entendido, Barney. Lo que quieren es comprar tu parte. Han mencionado una cifra, pero yo te aconsejaría no ceder desde el primer momento. Aún puedes conseguir un poco más...

Vinceton parpadeó.

—¿Cuánto, Henry?

—Dos millones. Más no te podrían dar, pero si esa participación fuese mía, yo no la cedería por una cifra inferior.

Ada se puso las dos manos en la boca, a la vez que lanzaba un grito ahogado. Vinceton sintió que le daba vueltas la cabeza.

—Dos millones...

—Sí, Barney. Bueno, de momento no me des una respuesta; yo ya sabré entendérmelas con ellos. Ahora bien, dentro de una semana, tendremos que decir algo en un sentido u otro —declaró Davidson.

Y se dispuso a encaminarse hacia la puerta, pero Vinceton extendió la mano de repente y exclamó:

—¡Aguarda, Henry! No te vayas tan pronto. Davidson se volvió.

—¿Piensas ceder por millón y medio, que es lo que ofrecen ahora? —inquirió. El joven hizo un gesto enérgico.

—No, no vendo —respondió—. Habla con los compradores, diles lo que quieras, dales en mi nombre plena libertad de acción..., pero hazles saber que quiero seguir siendo socio de la empresa. No interferiré ninguna de sus acciones mercantiles, ni objetaré la más mínima decisión, pero no quiero vender. ¿Lo has entendido?

Davidson se quedó parado, aunque, al mismo tiempo, se daba clara cuenta de la firmeza de la decisión adoptada por Vinceton. Al fin, se encogió de hombros.

—Como quieras, pero era un magnífico negocio. Señorita Eakin... —se despidió. Al quedarse solos, Ada se acercó al joven y le puso una mano en el brazo.

—Barney, ¿por qué? —murmuró.

—Tengo miedo —confesó él—. Miedo a la riqueza, a la buena suerte... Roberta tuvo también buena suerte, lo mismo que Ed Sharpe... y antes que ellos, seguramente, nueve personas más... Unas acciones que no servían ni para empapelar la pared subieron repentinamente en su cotización. Ahora, esta empresa que no podía vender una caja de tornillos, empieza a prosperar de una forma inaudita... —Vinceton se volvió de súbito hacia la chica—. ¿Es que no lo comprende, Ada?

Ella hizo un suave gesto de asentimiento.

—Si es eso lo que piensa, no debe arrepentirse de la decisión que ha tomado —dijo. Vinceton hizo un esfuerzo por sonreír.

—Gracias, Ada. Es usted muy comprensiva..., tan comprensiva como bonita. ¿Puedo invitarla a cenar en mi casa?

—Esas invitaciones empiezan a convertirse en una costumbre —dijo la muchacha alegremente.

—Tal vez llegue un día en que usted no necesite que yo la invite a cenar... porque se habrá instalado aquí para siempre.

—Aún es muy pronto para tomar una decisión en ese sentido —contestó Ada evasivamente. Pero se había sonrojado y ello le gustó mucho a Vinceton.

CAPITULO IX

El invierno pasó y en los árboles aparecieron tímidamente los primeros brotes primaverales. Aún hacía bastante frío, sin embargo, sobre todo por las noches. Vinceton había dado de lado momentáneamente sus preocupaciones, después de que el inspector Flaherty le comunicase que la policía del estado de Massachusetts había fracasado en las investigaciones realizadas al respecto. Pese al sigilo y a la discreción con que habían actuado dos agentes especiales, no habían podido averiguar nada.

El silencio de los habitantes de Claymore era absoluto. Flaherty manifestó que no había sido hallado el menor rastro del «Mercedes» de Roberta, ni tampoco del coche de Martin Pitts. Vinceton, por otra parte, no había vuelto a tener noticias de Nancy Warren.

Pero, en Claymore, la muchacha no permanecía inactiva. Sabiendo que le iba la vida si era descubierta, buscaba indicios pacientemente. La horrible escena del sacrificio de Sharpe y el ritual del canibalismo que había seguido a continuación era algo que no se podía borrar en su mente, por más esfuerzos que hacía. Los agentes de la policía del estado la habían interrogado, como a los demás, pero ella se había mostrado hábilmente esquiva. No podía hacer nada para salvar a los muertos, por lo que estimaba debía conservar su vida a toda costa.

Cierto día, cuando ya verdeaban las ramas de los árboles. Phineas Miller la detuvo en el momento en que salía de la posada.

—Estás muy guapa, Nancy —dijo, sonriendo de un modo especial

—Ahora me mira bien... El año pasado decía que era una borracha y drogadicta...

—Bueno, se puede cambiar de opinión. ¿Por qué no vienes a tomar una copa en mi casa?

El primer pensamiento de Nancy fue rechazar aquella invitación, cuyas ocultas intenciones se le traslucían con toda claridad. Pero Miller era el leader de aquella organización de asesinos y caníbales. ¿Por qué no intentar sonsacarle, lo mismo que había hecho con Leo Green?

—Iré después de servir la cena en el comedor —accedió.

—Tengo un brandy exquisito. Te gustará, créeme.

Nancy se alejó, con poco moderado contoneo de caderas. Había otro motivo que la había impulsado a aceptar la invitación de Miller: el sujeto disponía de teléfono.

El día era espléndido y Nancy no tendría trabajo hasta el atardecer. Fue a su casa, se puso unos pantalones y luego salió en dirección al campo. Media hora más tarde, se hallaba en aquella siniestra hondonada donde se realizaban unos sangrientos sacrificios.

Acuclillada detrás de unos arbustos, contempló el paisaje con todo detenimiento. El centro era un espacio plano de unos veinticinco metros de

diámetro. Ella recordaba muy bien la horrible escena. Había sucedido al otro lado, no lejos de unas rocas que sobresalían, parcialmente envueltas en arbustos. Allí, apreció, no había la menor señal de hoguera ni tampoco se divisaba la mesa rústica sobre la cual se mataba a la gente.

Al otro lado de las colinas estaba el pequeño llano de Merlane Meadows, que terminaba en la ribera del Circle Lake, lugar donde la gente del pueblo solía ir a pescar con gran frecuencia. Miller, incluso, tenía una gran embarcación, una especie de plataforma flotante, con un pequeño motor y una cabina en la que se quedaba a dormir cuando se le hacía tarde. Echaba el ancla en el centro del lago y, a veces, pasaba allí un par de días.

De pronto, abandonó su postura estática y descendió al fondo de la hondonada. Cuando llegó al pie de las rocas, empezó a mirar atentamente el suelo. Sí, allí se había encendido la hoguera...

El corazón se le paró de repente. Había averiguado por fin el terrible secreto de Hell's Hole.

Durante unos minutos permaneció absolutamente inmóvil. La cabeza le parecía envuelta en un vertiginoso torbellino. Sí, era lógico que los adeptos al sangriento rito de los sacrificios humanos hubiesen elegido aquel lugar.

Mentalmente, se felicitó de la invitación hecha por Miller. Iba a ser su perdición, se prometió, mientras, con el máximo sigilo, emprendía el regreso al pueblo.

* * *

Phineas Miller yacía boca arriba en la cama, roncando estrepitosamente. Nancy se sentó muy despacio, mientras le miraba con infinito asco. Se sentía enferma cada vez que pensaba en los besos que había debido soportar de aquella boca a la que había visto comer carne humana...

Pero había tenido que hacerlo. Era la única solución posible si quería que se supiera lo que había pasado en aquella aldea de la muerte.

Lentamente, abandonó la cama y se puso la ropa. Descalza, con los zapatos en la mano, abandonó el dormitorio, encaminándose a la planta baja.

El teléfono estaba en el despacho privado de Miller. Nancy levantó el aparato y escuchó unos momentos.

—Esa maldita telefonista —dijo entre dientes. Era la desventaja de vivir en una aldea que apenas si merecía el nombre; las comunicaciones debían ser establecidas a través de la central del pueblo vecino. Furiosa, golpeó la horquilla unas cuantas veces, pero no recibió la menor contestación.

¿Tendría que volverse a la cama, junto a aquel repugnante individuo?, se preguntó. Y, de súbito, oyó una voz soñolienta al otro lado de la línea.

—Operadora, por favor, es muy urgente —dijo la chica—. Llame a este número de Long Island, sí, Nueva York... Estará durmiendo, pero insista; acabará por contestar... ¿Que quién soy yo y por qué hablo desde la casa de Miller? ¿Y eso que le importa a usted? Tiene una obligación que cumplir,

¿no? ¿0 prefiere que escriba una carta a su jefe? Vamos, llame ya; espero la comunicación sin colgar...

El teléfono repiqueteó sonoramente en la residencia de Vinceton. Pasaron algunos segundos antes de que el joven se diera cuenta cabal de lo que significaba aquel sonido. Por fortuna, tenía un supletorio a la cabecera de la cama y no tuvo que hacer otra cosa que alargar la mano.

—Vinceton... —dijo de mala gana—. ¿Quién diablos llama a estas horas tan intempestivas...?

La voz de Nancy sonó muy excitada en sus oídos...

—¡Señor Vinceton! Soy Nancy Warren... Estoy en casa de Miller...

—Pero, muchacha, ¿qué hace ahí? —respingó el joven, a la vez que se sentaba en la cama, súbitamente despabilado. Alargó la mano y encendió la luz—. ¿Es que sucede algo grave?

—Escúcheme, tiene que...

De repente, Nancy vio una mano delante de sus ojos. Inmediatamente, se cortó su voz, porque la mano había tapado su boca, haciendo presión al mismo tiempo, o fin de sujetarla contra el cuerpo a que pertenecía. Nancy se sintió acometida por un vivísimo terror y se dio cuenta de que Miller debía de haberse despertado y advertido su ausencia. El teléfono volvió de nuevo a su horquilla. Entonces, Miller la soltó en parte y la hizo girar con violencia, mientras allá, en su residencia, Vinceton se mostraba sumamente extrañado de la súbita interrupción.

Los ojos de Nancy expresaron la agonía que sentía al contemplar el rostro de Miller, cuyos labios aparecían distendidos por una sonrisa demoníaca.

—De modo que tratabas de avisar a un amigo... ¿o a la policía? —dijo.

—No, no... Era... —Nancy, aterrada, no se sentía capaz de encontrar la excusa que permitiera justificar su presencia junto al teléfono—. Bueno, usted ya ha tenido lo que quería, ¿no? Se ha divertido un rato, así que déjeme marchar...

—No tengas tanta prisa, hermosa —sonrió Miller—. Quiero que me digas a quién has llamado.

De pronto, disparó su mano y atenazó cruelmente el seno izquierdo de la muchacha Nancy emitió un gemido de dolor.

—¿Quién era? —insistió Miller.

La muchacha desfalleció. Aquel dolor...

—Dijo que me daría un empleo en Nueva York... Estoy harta de vivir en esta maldita aldea... —jadeó.

Miller volvió a apretar. Nancy gritó.

—No quiero escucharte más mentiras —dijo el hombre severamente—. Habla de una vez.

—Vi... Vinceton...

—Ah, aquel entrometido que vino el año pasado.

—Sí, el mismo.

—¿Qué le has dicho?

—Nada... No he tenido tiempo; tú has venido antes... La operadora tardó mucho en darme la comunicación...

Miller soltó a la muchacha. Ella se asustó; los ojos del individuo brillaban como si fuesen ascuas

—Ven —dijo él.

Nancy quería resistirse, pero le parecía que su voluntad había sido aprisionada por la mente del hombre. La mano de Miller se cerraba ahora en tomo a su brazo y a ella le parecía que eran las garras de un monstruo.

—Creo que debes saberlo todo, muchacha —dijo él, a la vez que abría la puerta que conducía al sótano de la casa—. En realidad, hacía ya tiempo que quería contarte la verdad... y éste es el momento más conveniente.

Minutos más tarde, Nancy, sentada en un cajón vacío, escuchaba, estremecida de horror, la fantástica historia que le contaba aquel hombre. Cuando terminó le miró con ojos extraviados.

—Pe...pero eso del tesoro es una historia absurda... —dijo con voz entrecortada.

—Está allí —respondió Miller firmemente, con el tono de un hombre que tiene la absoluta seguridad de lo que afirma—. «El» me lo dijo y «él» no miente jamás.

Nancy se sentía estupefacta.

—¿Cómo puede decir eso? —exclamó—. ¿Acaso lo ha visto? ¿Ha hablado con él?

—Claro que le he visto y he hablado con él. Si no fuese así, ¿cómo podría decírtelo?

Aquel hombre estaba demente, pensó Nancy. Lo malo era que había contagiado su demencia a otras personas... y muchas otras habían muerto de una forma horrible.

—Está bien —dijo—. A pesar de todo, ¿por qué me lo ha contado? Una perversa sonrisa apareció en los labios de Miller.

—Poique necesitamos una víctima para el sacrificio de esta noche. Es plenilunio, ¿No lo sabías?

Nancy se estremeció.

—¿Quiere decir que yo...?

—Sí.

Miller se alejó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y clavó su mirada en el rostro de Nancy, completamente blanco.

—Pero no temas, no sentirás nada —se despidió.

La puerta se cerró y Nancy quedó sola, en la oscuridad, entregada a sus temores. Miller estaba loco, preso de una extraña demencia sanguinaria, pero lo peor era que había contagiado su locura a otras personas.

Y después de lo que había visto la víspera en su excursión a Hell's Hole no tenía la menor duda de cuál podía ser su suerte.

Pero, al mismo tiempo, era una muchacha animosa y con más temple del que Miller habría sospechado. Nancy pensó que aún tenía muchas horas por

delante y debía pensar en la forma mejor de salir con bien de aquella crítica situación.

* * *

El hombre llegó a Hell's Hole y se detuvo en el borde de la hondonada, contemplando con ojos perspicaces los menores detalles del terreno. Lefty Pulham no había estado allí jamás, pero reconoció el lugar, merced a la vivida descripción que alguien le había hecho tiempo atrás.

En los ojos de Pulham apareció un destello de cólera. Allí había muerto un ser muy querido para él. Alguien debía pagarlo, pensó, mientras se reponía de la fatiga que le había causado la caminata, no porque la distancia fuese excesiva, sino porque había ido pesadamente cargado y ahora no estaba habituado a caminar con mucho peso a las costillas.

Al cabo de unos minutos, emprendió el descenso cargado con la mochila que había traído consigo, en la que había, además de otras cosas, un pico corto y una pequeña pala. Sin pérdida de tiempo, Pulham se aplicó al trabajo.

Tres horas más tarde; dio por terminada su labor.

Le había costado mucho tiempo reunir los materiales; había debido actuar con el máximo de discreción, pero el resultado de su trabajo valía la pena. Ahora, se dijo, sólo faltaba esperar a la hora adecuada.

Pulham volvió sobre sus pasos y atravesó la zona boscosa, hasta llegar al sitio donde había dejado su coche. Sentóse tras el volante, dio el contacto y arrancó en dirección a Claymore. Momentos más tarde, se detenía frente al albergue, en cuya puerta vio hablando a una mujer de agradable aspecto, con un hombre alto y delgado, quien "tenía la apariencia de ser el personaje más prominente de la población.

—Buenas tardes —saludó Pulham cortésmente, después de apearse.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó Maggie Corcoran.

—Pienso alojarme en el albergue...

—Soy la señora Corcoran, propietaria. Le presento al señor Miller, señor...

—Pulham, Lefty Pulham. Encantado de conocerles.

—El placer es nuestro —sonrió Miller. La señora Corcoran movió una mano.

—Si tiene la bondad de acompañarme, le enseñaré su habitación —dijo—. Dispénseme, señor Miller.

—No faltaría más, señora Corcoran.

Pulham pasó por delante del hombre, al cual dirigió una inclinación ele cabeza, y entró en la posada. El momento tan largamente esperado, pensó, estaba a punto de realizarse.

CAPITULO X

—Debieras haber avisado al capitán Flaherty —dijo Ada, mientras el coche que guiaba Vinceton rodaba velozmente en dirección a Claymore.

—Ya lo he pensado —contestó el joven—. Pero no me he atrevido a hacerlo.

—¿Por qué?

—Ada, los policías no intervienen de no tener un mínimo de evidencias sobre un posible delito. Ya investigaron a fondo y no consiguieron nada. ¿Cómo voy a decirle nada, apoyándome tan sólo en una llamada telefónica, que se ha interrumpido bruscamente? Ya te he dicho que llamé a casa de Miller y que el propio Miller dijo que debía de tratarse de un error, que Nancy Warren no había estado jamás allí. Es su palabra contra la mía, ¿comprendes?

La muchacha insistió.

—Es un punto de vista sensato... pero poco lógico —respondió.

—¿Hay algo de lógico en este asunto de gentes endemoniadas, que hacen sacrificios humanos al diablo y comen cruda la carne de sus víctimas?

Ada se puso una mano en la boca.

—Por favor...

—Lo siento, no quise molestarte. De todas formas, no temas; dije a la señora Hammer que avisara al capitán Flaherty si mañana, a la hora del desayuno, no tenía noticias mías. Dejé una nota escrita y ahora, si me sucediese algo, Flaherty y sus amigos tendrían ocasión de intervenir. Lo único que me irrita un poco es que hayas venido conmigo.

—¿Podía dejarte solo? Lo hubiera pasado mucho peor aguardando tu vuelta, allá sola...

Pase lo que pase, prefiero estar a tu lado, Barney.

Vinceton sonrió, a la vez que se apoderaba de la mano de la muchacha. Aparte de las preocupaciones que sentía, era un hombre feliz. Ahora ya sabía que Ada correspondía a sus sentimientos y que, apenas hubieran solucionado aquel caso, sonarían campanas de boda.

De pronto, exclamó:

—¿No te lo he dicho? Flaherty recordó al fin a la persona que tenía otra de esas monedas misteriosas.

—¿Quién es, Barney?

—Quizá haya que decir quién era. Si no ha muerto, se llama Lorelei Pulham y desapareció hace casi tres meses, a primeros de año. Pero nadie ha podido tener noticias suyas. Lo único que se sabe es que su fortuna se incrementó grandemente, de un modo súbito...

—Lo mismo que los otros. Y que tú.

—Sí. Pero en el caso de Lorelei Pulham tenemos la circunstancia de que se enojó con su marido, bueno, cosas de esas que pasan entre matrimonios, y ella se marchó de casa...

—Y no ha vuelto.
—No se ha sabido más de ella.
—Quizá fue asesinada por su esposo.
—No —contradijo Vinceton—. Pulham estaba locamente enamorado de su mujer. Fue una disputa por una niñería y se sentía muy arrepentido de haber provocado la discusión. Por otra parte, lo vigilaron estrechamente, pero, al fin, llegaron a la conclusión de que la señora Pulham había desaparecido, sin que su marido tuviese parte en el hecho.
—Y ella tenía la moneda...
—Según su esposo, sí, aunque no sabía muy bien cómo había llegado a poder de
¡Lorelei, Parece ser que dio una limosna a un pobre o algo por el estilo, y el individuo le dio la moneda, diciéndole que le traería la riqueza...
Ada sintió un escalofrío.
—Barney, ¿no se te ha ocurrido pensar que hay algo misterioso en todo esto, aleo incomprensible para nuestras mentes y que está motivado por fuerzas superiores a nosotros?
—Sí, lo he pensado, y aunque me resisto a admitirlo, debo aceptar que parte de los hechos tienen un origen sobrenatural.
Al atardecer, entraban en Claymore. Esta vez, Vinceton no perdió tiempo en rodeos y se encaminó directamente a la casa de los Warren.
El señor Warren recibió a la pareja con poco disimulada hostilidad.
—¿Nancy? No está aquí —dijo, como respuesta a la pregunta de los visitantes—. Se ha marchado del pueblo.
—Pero...
—Lo siento —dijo Warren, fríamente—. Ya no consideramos a Nancy como hija nuestra. Es una perdida, sin dignidad ni sentido de la moral, que no ha hecho nunca caso de nuestros consejos. Se ha marchado, es todo lo que puedo decirles.
Vinceton estuvo a punto de decir: «miente usted», pero se contuvo. Warren, lo advirtió claramente, parecía furioso, pero, en realidad, estaba aterrado. ¿Quién le había metido el miedo en el cuerpo?, se preguntó.
—Lo siento muchísimo, señor Warren —se disculpó—. Créame que lo lamento...
—Adiós —cortó el individuo, cerrando bruscamente la puerta de su casa.
De allí se dirigieron a la posada, en donde su dueña, Maggie Corcoran, los acogió sin demasiado entusiasmo.
—¿Piensan quedarse a dormir? —preguntó.
—Sí, señora —contestó Vinceton. Miró a su alrededor—. No veo a Nancy —manifestó.
—Se ha marchado —contestó Maggie adustamente
—¿Fuera de Claymore?
—Supongo. En el pueblo no está.
—Ya. —Vinceton emitió una sonrisita—. Bueno, era curiosidad

solamente... ¿Quieres pasar, Ada?

—Dos habitaciones —dijo Maggie incisivamente.

—Descuide, señora —respondió la muchacha—. El señor Vinceton y yo no hemos venido aquí para esconder nuestros amores culpables.

Maggie enrojeció un tanto, pero no dijo nada. Momentos después, Miller llegaba al albergue.

—Han venido esos curiosos —dijo.

—Sí —contestó ella.

Miller le entregó un sobrecito.

—Pónselo en la bebida, durante la cena.

—¿Qué es?

Miller sonrió retorcidamente.

—Algo que les hará dormir toda la noche de un tirón. Mañana, cuando se despierten, estarán muy lejos de aquí. Los llevaré en el coche a la madrugada, y dejaré una botella vacía. Cuando los encuentren, pensarán que se han emborrachado y negaremos que hayan estado en el pueblo, ¿comprendes?

—Sí, pero, ¿qué hay de Pulham? Ese ha venido por su mujer...

—Ha dicho que quería hablarme después de la cena. No te preocupes; yo sabré convencerle.

—Está bien. Pero aún falta la última moneda... Miller volvió a sonreír.

—Ya sabes lo que les pasa a sus poseedores; tarde o temprano, acaban viniendo por aquí. La moneda que perdió Roberta Cawlins debió de ser encontrada por otra persona y, tarde o temprano, esa persona acabará por venir aquí.

Una luz de codicia apareció en los ojos de Maggie Corcoran.

—Y entonces el tesoro surgirá a la superficie —exclamó.

—Saldrá de las entrañas de la tierra y nos hará inmensamente ricos —afirmó Miller con voz de iluminado.

* * *

Pulham hizo que le sirvieran la cena en su habitación, cosa a la que accedió la señora Corcoran no sin esfuerzo. Pulham acalló sus protestas con un billete de diez dólares.

Cuando Maggie subió con la bandeja, Pulham le indicó que la dejase sobre la mesa. La mujer se marchó y entonces él tiró todos los alimentos por el sumidero. Era hombre desconfiado y no quería ser objeto de una trampa. En su maletín tenía un par de bocadillos, que consumió con la ayuda de un par de sorbos de agua del grifo.

Al terminar, abrió de nuevo el maletín y contempló sonriente la cajita negra que había traído consigo. Sus dedos acariciaban la pulida superficie, en la que se veía el hueco para una llave que faltaba, un botón rojo y el botón de remate de la antena telescópica oculta momentáneamente. Pulham sabía que el aparato funcionaría a la perfección; las pruebas realizadas con toda

discreción así lo habían demostrado.

En el comedor, Vinceton y Ada cenaban silenciosamente. La señora Corcoran había preparado una cena sumamente apetitosa. Vinceton sentía ciertos recelos por la actitud de Maggie, que había cambiado en sentido diametralmente opuesto. Ahora, Maggie era un tarro de miel... incluso les había puesto una botella de vino de marca, destinada, según dijo, a los huéspedes más apreciados.

Vinceton probó el vino y no encontró ningún sabor sospechoso. No obstante, aprovechando un momento en que Maggie estaba en la cocina, vertió la mayor parte del contenido de la botella en la tierra de una gran maceta, que contenía una planta de adorno.

Ada le miró extrañada.

—¿Por qué haces eso? —preguntó en voz baja.

—No me fío —contestó él en el mismo tono—. Tanta amabilidad, esta cena tan exquisita...

—¿Temes...?

—Por si acaso, mejor será que estemos prevenidos. Vimos el coche de Roberta, ¿verdad? Te diré una cosa: hasta que no llame o vaya en persona a tu habitación, debes fingirte dormida. A menos que intentasen hacerte daño, en cuyo caso debes gritar con toda la potencia de tus pulmones. ¿Lo has comprendido?

—Sí —murmuró Ada.

—Maggie viene —dijo él rápidamente—. Disimula. Ada sonrió.

—Querido, sírveme un poco más de vino. Está riquísimo —exclamó.

—Claro, cariño —contestó Vinceton en el mismo tono—. Señora Corcoran, usted tenía razón —se dirigió a Maggie—; nunca habíamos probado un vino tan bueno.

—Lo celebro infinito —sonrió Maggie, complacida al observar la botella que aparecía casi completamente vacía—. ¿A qué hora desean les sirva el desayuno?

—Oh, no tendremos prisa... Este pueblo es tan tranquilo, tan apacible... En lugares como éste las sábanas se pegan más de lo habitual.

—Sí, suele suceder —convino la señora Corcoran.

Fuera de la posada, Miller conversaba con Linda McBratt.

—Tú te encargarás de hacerlo —dijo.

—Sí, señor —respondió la muchacha, de largos cabellos rubios v figura un tanto parecida a la de Nancy Warren.

—Es preciso que ella no sospeche nada. Es una muchacha muy enérgica y podría crearnos problemas. Y, recuerda, ya nos separan muy pocos días de la riqueza. Podrás tener cuanto ambiciones, todo lo que desees, pieles, joyas...

Linda sonrió.

—Y me marcharé de este pueblo —dijo.

—Todos nos marcharemos; pero es preciso que hagamos sacrificios.

—Sí, señor.

—Estaremos aguardándoles fuera. Eso es todo.

Miller se alejó en sentido opuesto a la muchacha. En aquel mismo momento, Vinceton y Ada subían a sus habitaciones.

Pulham estaba en la suya, dejando pasar el tiempo pacientemente. De cuando en cuando, miraba a través de la ventana. Ya se veía la luna, redonda, brillante como una gran moneda, derramando sus rayos de plata sobre la tierra.

—Recuerda lo que te he dicho —murmuró Vinceton al despedirse de la joven.

—No te preocupes por mí. Oye, ¿sabes?, creo que tenías razón —dijo Ada. Vinceton arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Me siento ligeramente mareada. He bebido unos sorbos de vino y te aseguro que nunca me había pasado nada semejante. Quizá tú tenías razón y la señora Maggie puso algo en el vino.

—Un narcótico —dijo él reflexivamente—. Si fuese veneno, ya sentirías dolor de estómago. Ve al baño y procura despejarte; bebe unos cuantos vasos de agua; eso ayudará a diluir el narcótico que has tomado. Haz frecuentes abluciones, refréscate la cara y respira mucho aire puro, con la ventana abierta, pero con la luz apagada. Cuando te sientas mejor, acuéstate.

—Sí, Barney.

Se separaron al llegar al piso superior. Maggie hizo lo que él le había aconsejado y, media hora más tarde, los síntomas de aturdimiento habían desaparecido por completo.

Entonces se desvistió y se metió en la cama. En la casa reinaba un silencio absoluto.

Pasadas las diez de la noche, alguien subió al primer piso, con una pequeña linterna en la mano. Maggie abrió primero la puerta del cuarto de Vinceton. El joven yacía boca arriba en la cama, con una pierna fuera y los brazos extendidos. Maggie sonrió; el narcótico había actuado rápida y eficazmente, se dijo.

Vinceton había bebido más que la muchacha, ya que ésta, según apreció poco después, había tenido tiempo de desvestirse para meterse en la cama. Al día siguiente, se llevarían una buena sorpresa, cuando se encontrasen a muchas millas de Claymore. Y aunque dijesen que habían estado allí, no podrían probarlo; todos lo negarían rotundamente.

Pulham también dormía. Miller había hablado con él y le había convencido de que no sabían nada de su esposa. Pulham había quedado persuadido por los argumentos empleados, prometiendo marcharse apenas saliera el sol. Todo estaba resuelto, pensó Maggie, mientras emitía un prolongado suspiro de alivio.

Lo que Maggie ignoraba era que ninguno de sus tres huéspedes estaba narcotizado.

Apenas hubo dejado el primer piso, tres pares de ojos se abrieron en la

oscuridad.

El silencio cayó sobre el albergue. Media hora más tarde, se oyó el ruido de la puerta principal, que se abría y cerraba sucesivamente.

Pulham abandonó su lecho. Vinceton lo hizo algunos minutos más tarde.

CAPITULO XI

Linda McBratt tocó suavemente con los nudillos en la madera de la puerta, que se abrió casi en el acto. Los ojos de Miller parecían fosforescer en las tinieblas.

—Hola —dijo la chica.

Miller sonrió, a la vez que se echaba a un lado.

—¿Preparada?

—Sí, pero... ¿por qué he de hacerlo yo precisamente?

—Ya te lo he dicho; Nancy es una chica muy enérgica y desconfiada. Es preciso que la persuadas de que vienes a ayudarla. Yo podría hacerlo, claro, pero se resistiría con todas sus fuerzas y podría hacer algo de ruido... Es mejor que vayas tú, ¿comprendes?

Linda pareció resignarse.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué he de hacer?

—Trata de ganarte su confianza. Dile que...

Linda escuchó atentamente durante unos momentos. Luego hizo una última pregunta:

—¿Y ellos?

—Están avisados, ya no pueden tardar. Anda y no te preocupes... Recuerda que lo hacemos para que Nancy no nos delate.

—Pero ¿no habló con aquel tipo de Nueva York?

—Lo intentó, pero no le di tiempo. Está aquí y Maggie le ha convencido de que Nancy se ha marchado del pueblo.

—Sus padres...

Miller se impacientó, a la vez que ponía un termo en las manos de la chica.

—Yo me he ocupado de sus padres —contestó secamente.

—Muy bien.

Linda avanzó hacia la puerta que conducía al sótano, de la que, en el mismo instante, Nancy se separaba velozmente. Aunque parte de las palabras se habían perdido, Nancy había podido darse cuenta, sin embargo, del plan ideado por Miller.

Iba a darles una buena sorpresa, pensó. ¡Caníbales repugnantes!, les apostrofó mentalmente, en el mismo instante en que la llave de la puerta del sótano chirriaba en la cerradura.

Una luz se encendió en el techo. Nancy miró fijamente a la joven que descendía por las escaleras, con un termo en la mano.

Nancy tenía las manos a la espalda y estaba sentada en un cajón vacío.

—¿Vienes a envenenarme? —preguntó con acritud.

—Oh, ¿cómo puedes...? Escucha, Nancy, soy tu amiga; he venido a ayudarte a salir de aquí...

—No me digas —se burló la prisionera.

—Te juro que es cierto. Has estado todo el día sin probar alimento,

¿verdad? Mira, te traigo un termo, con leche caliente...

—Oh, qué amable... Pero, si vienes a ayudarme, ¿por qué no abres la puerta?

—Estás débil, y sin fuerzas, y hemos de correr mucho. Anda, bebe...

Linda destapó el termo, y en el mismo vaso de metal, vertió un poco de leche. Luego puso el vaso en la derecha de Nancy, sobre las tablas del cajón de embalaje.

Nancy volvió la cabeza un poco y contempló el vaso. Luego, de súbito, se levantó y lanzó su mano izquierda hacia los cabellos de Linda, aprisionándolos con sus dedos. Al mismo tiempo, la mano derecha salía a la vista, empuñando el gollete de una botella rota. Durante todo el día, Nancy había tenido tiempo de sobra para preparar aquella especie de puñal, con una de las botellas abandonadas en el sótano. Había encontrado un viejo martillo, con cuya ayuda había hecho varias intentonas, hasta conseguir un terrible estilete de vidrio, con bordes tan cortantes como el filo de una navaja de afeitar. La punta de aquel puñal de vidrio se apoyó sobre la blanca piel de la garganta de Linda McBratt.

—No grites —dijo Nancy, que estaba dispuesta a todo, antes de dejarse apuñalar por una docena de dementes—. Si alzas la voz, te degüello aquí mismo.

Los ojos de Linda bizquearon. La sorpresa y el pánico unidos ahogaron un grito de terror que pugnaba por brotar de sus labios. La punta del puñal de vidrio pinchó su epidermis y la hizo sentir un terror espantoso.

Con la mano izquierda, que no soltaba sus cabellos un solo instante, Nancy la obligó a arrodillarse.

—Bebe —ordenó.

Linda quiso resistirse, pero una brutal sacudida la convenció de que no tenía otra alternativa. Cogió el vaso, se lo llevó a los labios y sorbió todo su contenido.

Nancy la sostuvo en la misma posición hasta que notó el relajamiento del cuerpo de Linda. Entonces la soltó y la otra muchacha se deslizó lentamente a un lado.

Los ojos de Nancy fueron hacia la puerta, que aún permanecía cerrada. Alguien iba a venir muy pronto, se dijo. Por el momento, había eludido los efectos del narcótico, pero...

De súbito, se le ocurrió una idea.

Actuó rápidamente, con los nervios en tensión, temiendo ser interrumpida a cada momento. Pero si eso sucedía, se prometió, no sucumbiría sin luchar. Aquel gollete de botella podía resultar un arma devastadora en sus manos.

Un par de minutos más tarde, se abrió la puerta del sótano. Donken y Karr descendieron lentamente. El más joven llevaba un gran saco en las manos.

Nancy se había situado en un lugar donde la penumbra no permitiera ver sus facciones con detalle. Karr le dirigió una mirada irónica.

—Ha picado, ¿eh?

—Sí.

—Bien, vamos ya —rezongó Donken—. Se acerca la hora y no podemos entretenernos demasiado.

El cuerpo de Linda fue puesto en el saco, cuya boca ató el propio alguacil. Karr se lo cargó al hombro sin ningún esfuerzo.

—Vamos, Linda —dijo Donken.

—Sí, ahora —respondió Nancy entre dientes, al objeto de evitar ser identificada por la voz.

Durante todo el rato tuvo la cabeza baja. Se había soltado el pelo, dejándolo caer un poco sobre la cara. Con las ropas de Linda, confiaba en pasar inadvertida.

Miller aguardaba ya en la puerta de la casa. Al pasar Nancy por delante de él, le dio una palmada en los hombros.

—Te has portado bien —dijo.

—Señor Miller, si no le importa, iré un momento a casa... Debo cambiarme...

—¿Cambiarte? —se extrañó el sujeto.

—Problemas de mujeres... Miller soltó una carcajada.

—Oh, claro, claro... Comprendo, pero no tardes; los otros ya han salido... Conoces el camino, creo.

—Sí, señor.

Nancy se dio cuenta de que ya no podía resistir más y echó a correr, aunque con la suficiente presencia de ánimo para simular que se dirigía a casa de Linda. Pero apenas había recorrido cien pasos, se metió en una calleja y se detuvo en la parte más oscura.

Levantó su mano derecha. El corazón latía violentamente. Por un momento, creyó que le iba a dar un síncope, pero al cabo de unos segundos, logró rehacerse.

Esperó diez minutos y volvió a asomarse a la calle Mayor. La aldea estaba sumida en un profundo silencio.

Paso a paso, se encaminó hacia la posada. Debía averiguar algo, que presionaba sobre su ánimo desde el momento de su encierro. Cuando abría la puerta, vio a dos personas que descendían del piso superior.

Nancy exhaló un suspiro de alegría.

—¡Señor Vinceton!

El joven se apresuró a sostenerla. Aquella muchacha estaba a punto de desplomarse.

—Nancy, ¿qué ha pasado? —exclamó.

—Debemos apresurarnos... —jadeó Nancy—. Esta noche... Un sacrificio ritual... Iba a ser yo la víctima, pero he conseguido engañarles.

Vinceton apretó los labios, a la vez que volvía los ojos hacia Ada.

—Habrá que avisar a la policía —dijo.

—Tomaré tu coche —dijo ella resueltamente.

—No habrá tiempo —objetó Nancy—. Hemos de hacerlo nosotros.

—Pero hay dos teléfonos en el pueblo...

—Los han desconectado, se lo oí decir cuando colocaban a Linda en el saco. Siempre lo hacen... Si aparecemos allí, les asustaremos y tendrán que dispersarse.

—Ada, quédate —decidió Vinceton.

—No, no quiero separarme de ti —contestó la joven resueltamente.

—Por favor, no perdamos más tiempo —rogó Nancy

—Sí, es cierto. ¡Vamos!

La luna provocaba negras sombras de los árboles sobre el suelo. Convertidos en espectros, Vinceton y las dos muchachas corrieron hacia el lugar donde se iba a celebrar aquel infernal sacrificio.

* * *

Lefty Pulham llegó al borde de la hondonada, brillantemente iluminada por la luz de la luna, y se sentó al resguardo de un matorral. Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios y lo encendió tranquilamente, seguro de no ser visto por nadie.

Oyó voces. Algunos hombres y mujeres se congregaban en el lugar. Alguien hurgó en una cueva situada bajo las rocas y sacó unos objetos, con los que, en pocos minutos, fue compuesta una recia mesa, cuyas patas quedaron sólidamente hincadas en el suelo.

Un pequeño grupo de personas llegó a poco. Uno de ellos transportaba a hombros un saco, que dejó caer al suelo sin el menor cuidado. Luego sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor provocado por el ejercicio.

Mientras tanto, otros habían reunido ramas en un montón. Phineas Miller había traído una bolsa consigo, de la que sacó lo que parecían unas rebanadas de pan, las cuales partió con todos los presentes, a la vez que pronunciaba unas palabras cabalísticas. Con gestos rituales, todos cuantos estaban allí comieron un bocado de aquel pan.

Luego Miller sacó un frasquito de la bolsa y, tras destaparlo, dispersó su contenido sobre la leña1 Algunos de los asistentes canturreaban ya una extraña melopea.

Miller arrojó a la leña un fósforo encendido. Un chorro de llamas brotó en el acto. Era un fuego de extraños colores, amarillo, azul, verde, atractivamente siniestro.

Pulham aplastó el cigarrillo con el tacón de la bota y se enderezó. Las llamas parecían surgir del mismísimo infierno. A pesar de que iba prevenido, no pudo por menos de sentirse profundamente impresionado.

Miller gritó algo y, en el acto, todos los asistentes, que parecían embriagados, empezaron a quitarse las ropas. Para Pulham, todos, hombres y mujeres, estaban bajo el influjo de alguna sustancia que les causaba aquella especie de delirio.

Al mismo tiempo que se quitaban las ropas, bailaban y ejecutaban toda

suerte de contorsiones. Cuando, al fin, estuvieron desnudos, Miller cogió su bolsa y fue pasando por delante de cada uno de los presentes. Maggie Corcoran metió la mano en la bolsa y sacó un cuchillo, y lo mismo hicieron Leo Green y su esposa, y Mavis Rourke, y el gordo Donken, y Clem Karr...

Al terminar el reparto, Miller alzó los brazos.

—¡Ha llegado la hora! —clamó—. Príncipe de las Tinieblas, acéptanos este sacrificio en tu honor, para que nos proporciones la salud y la juventud, y la riqueza, y que cuando aparezca el poseedor de la última moneda, se abra este suelo y nos otorgue los tesoros que hay escondidos bajo su superficie. ¡Señor Satán, acepta la sangre de esta víctima!

Los otros contestaron con un aterrador coro de voces enloquecidas. Miller, como ajeno a cuanto le rodeaba, continuaba sus satánicas plegarias, coreadas por todos los demás. Pulham, a cincuenta o sesenta metros de distancia, contemplaba la escena sin dar crédito a cuanto veía y oía.

De repente, oyó pasos en las inmediaciones. Veloz como el pensamiento, se revolvió con una pistola en la mano.

—¿Quién anda ahí? —preguntó a media voz. Vinceton se detuvo en el acto.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Tengo un revólver en la mano. ¿Le basta, amigo?

—Oiga, nosotros no queremos hacerle daño... Hemos venido a impedir que ahí se cometa un crimen repugnante.

—Avance, con las manos separadas del cuerpo —ordenó Pulham—. Y no haga el menor gesto sospechoso o le acribillaré a balazos.

—No vengo solo —dijo el joven.

Pulham tenía las retinas habituadas a la escasa luz y pudo distinguir las figuras de dos mujeres.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mi prometida, Ada Eakin, y Nancy Warren... ¿Y usted, amigo, por qué no nos dice su nombre?

—Pulham —contestó el individuo secamente.

—Ah, el esposo de Lorelei Pulham...

—Sí. ¿La conocía usted?

—He oído hablar de ella, señor.

—Ellos la asesinaron —dijo Pulham rencorosamente.

—Y ha venido a vengarse.

Pulham guardó silencio un instante. Luego, muy despacio, dijo:

—Mi esposa y yo habíamos disputado por una cosa sin importancia, pero la amaba y estaba dispuesto a pedir perdón. Sin embargo, no conseguí encontrarla después de su marcha. Al fin, logré enterarme de lo que le había sucedido.

—¿Cómo lo consiguió? Pulham sonrió extrañamente.

—Fui detective privado muchos años y aprendí a disfrazarme de las más diversas maneras. Pero, a pesar de todo, no hubiera logrado nada sin

conseguir las confidencias de uno de los participantes en los sacrificios. Era una chica llamada Linda McBratt, a la cual pude conquistar..., aunque también necesité una dosis de pentotal. Así, en estado crepuscular, me lo contó todo.

CAPITULO XII

Vinceton se quedó atónito. Todos los esfuerzos de la policía se habían mostrado estériles, incluso él mismo no habría conseguido gran cosa, de no haber sido por la ayuda prestada por Nancy. Pero, en cambio, aquel hombre había demostrado ser más listo que todos y utilizado el procedimiento adecuado para hallar la verdad, la siniestra y aterradora verdad de los sacrificios humanos al demonio.

Haciendo un esfuerzo, consiguió reaccionar.

—Bien, ha hecho una labor muy meritoria, pero ahora lo que debemos hacer es tratar de impedir que se cometa un nuevo crimen.

—No se cometerán más crímenes —aseguró Pulham.

—¿Cómo puede afirmar...?

—Señor Vinceton —intervino Nancy—. Recuerde lo que le he contado. Recuerde quién está dentro del saco.

El joven respingó.

—Pulham, ahí abajo hay una muchacha que puede morir en cualquier momento — dijo—. Hemos de evitarlo, ¿me oye?

—¿Quién es? —preguntó el aludido.

—Linda McBratt.

—Linda... —Pulham se atiesó un instante, para echarse a reír en el siguiente—.

Bueno, recibirá su merecido, como los demás —añadió burlonamente.

—Pero...

El revólver se movió amenazadoramente

—¡Quieto! —Dijo Pulham—. Esos repugnantes adoradores de Satanás mataron a mi mujer y estoy dispuesto a vengarme de ellos.

Hubo un instante de silencio. De pronto, la voz de Miller resonó clamorosamente en el fondo de la hoya:

—¡Señor de las tinieblas y dueño nuestro, acepta este sacrificio!

Vinceton volvió la cabeza. A la luz de las llamas, pudo ver el círculo de puñales que se alzaba sobre el saco depositado encima de la mesa. Quiso gritar, pero el horror de la escena cortó toda voz en su garganta.

Diez, doce puñales, se abatieron simultáneamente sobre el cuerpo de la víctima, penetrando profundamente en su carne a través del saco. En el mismo instante, se oyó un agudísimo alarido.

Nancy se tapó los ojos, estremecida de horror al pensar que, de no haberse mostrado tan audaz, ella podía haberse encontrado en el interior de aquel saco, en el que ya empezaban a verse las primeras manchas de sangre. Con el mismo cuchillo utilizado para herir a la víctima, Miller rasgó la tela de arpillera que envolvía el cuerpo de la víctima y se dispuso a quitarle las ropas. Entonces fue cuando apareció ante sus ojos el contorsionado rostro de Linda McBratt.

Los ojos de la muchacha estaban desmesuradamente abiertos en una última mueca de horror, que le había hecho suspender los electos de la droga en el momento supremo. Pero ya no tenía salvación.

La sangre se derramaba a raudales por todas partes. Los asistentes a la demoníaca ceremonia estaban como petrificados, repentinamente conscientes de su situación. De algún modo que no comprendían, Nancy Warren había podido escapar.

Ahora volvían a la realidad, adivinó Vinceton. Y estaba claro que se daban cuenta de que, esta vez, no podrían escapar tan fácilmente como en ocasiones anteriores. Acaso pensarían que Nancy estaba ya muy lejos, en alguna parte, para avisar a la policía...

—Tenemos que hacer algo —exclamó Vinceton de pronto.

—Sí, hay que hacer algo —convino Pulham con salvaje acento.

Y su dedo índice se posó sobre el botón rojo de la caja de control remoto, que ya había alistado en el momento de su llegada.

Un volcán de fuego eructó repentinamente en el lugar situado bajo la mesa, lanzando por los aires una docena de cuerpos despedazados, desventrados, convertidos en repugnantes fragmentos sanguinolentos... La tierra tembló con violencia, debido a “aquella artificial onda sísmica, cuyo soplo ardiente llegó con indescriptible violencia al borde de la hoya, derribando a los aterrados espectadores como si hubieran sido simples muñecos de paja.

* * *

Durante unos minutos, Vinceton yació en el suelo, aturdido y mareado, con los oídos ensordecidos por el atronador estampido de la explosión, cuyo origen no acertaba a explicarse. Luego, poco a poco, empezó a rehacerse.

—Ada... —llamó.

—Aquí, Barney... —contestó la muchacha.

Vinceton gateó por el suelo. En el ambiente flotaba un espantoso hedor de dinamita quemada. Algunos árboles habían sido derribados por la fuerza de la explosión.

De pronto, Vinceton se detuvo en seco. A dos pasos de distancia, brillantemente iluminada por la luna, había una cabeza separada de su cuerpo. La casualidad había hecho que la cabeza quedase erguida, apoyada en el cuello amputado por la deflagración. Reflejando el fulgor del satélite, los ojos de Phineas Miller expresaban una inmensa sorpresa, pero también un odio y furor infinitos.

Vinceton hizo un esfuerzo y corrió hacia la muchacha. Ada, sentada en el suelo, se sentía muy mareada.

—Hemos de irnos —dijo él, a la vez que le ayudaba a ponerse en pie.

—Sí, sí... —gimió Ada.

Vinceton miró a su alrededor. Nancy recobraba el conocimiento en aquel instante.

Puesto que Ada se encontraba algo más repuesta, la ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nancy con voz ausente.

—Algo ha hecho explosión...

Bruscamente, Vinceton comprendió el sentido de las palabras de Pulham. Lanzó un agudo grito, pronunciando el nombre del sujeto, pero no recibió la menor respuesta.

En el bolsillo de su chaquetón llevaba una pequeña linterna, con la cual exploró los alrededores. No había el menor rastro de Pulham, pero sí vio muchos fragmentos de cuerpos humanos: un torso decapitado, una pierna, varias manos... El espectáculo le hizo sentirse a punto de vomitar y corrió hacia donde estaban las dos mujeres...

—Vámonos, vámonos...

* * *

El terrible suceso causó honda impresión en la comarca y aun más lejos. Los policías, ahora ya advertidos, encentraron el siniestro pozo al que eran lanzados los restos de las víctimas, después de su sacrificio. Allí, en un lugar poco menos que invisible, se guardaba la mesa que servía como altar para la satánica ceremonia, así como un recipiente que contenía una sustancia que daba aquel extraño color a las llamas de la hoguera. Algunas de las víctimas eran ya sólo simples esqueletos, pero finalmente, todas fueron identificadas, en especial el cuerpo de Frank Pitts, cuyo cráneo hendido casi hasta el cuello mostró claramente las causas de su muerte.

Sin embargo, nadie comprendía aún cómo se habían originado aquella serie de sangrientos sacrificios. Sí se sabía que, de algún modo, Miller y sus cómplices habían logrado imponer su silencio a todos los habitantes de la aldea. La única que se había revelado fue Nancy Warren, que se convirtió poco menos que en la heroína del caso.

Un par de semanas más tarde, el capitán Flaherty hizo una visita a su amigo Vinceton. El joven se hallaba en su casa, acompañado por Ada, ultimando los preparativos de su boda ya cercana. Aquel día había refrescado bastante la temperatura y llovía abundante- mente. El invierno se resistía a dejar paso al buen tiempo.

En la chimenea de la biblioteca ardía un fuego alegre. Flaherty trajo consigo un libro antiquísimo, con encuadernación de pergamino auténtico. Según explicó, había sido encontrado en un escondrijo de la casa de Miller.

—Es un libro de brujería escrito hace más de doscientos cincuenta años —dijo—. Parece ser que Miller, quien, de paso, estuvo hace años interno en un sanatorio mental, lo encontró en alguna librería de viejo y tomó al pie de la letra las indicaciones que daba el autor del libro para conjurar a Satanás y pedirle riqueza, mediante el sacrificio de trece víctimas humanas, cuya carne habían de ingerir, al menos en parte.

»Para ello, debía acuñar trece monedas y entregárselas a otras tantas personas, las cuales conseguirían cambios espectaculares en su fortuna, pero luego, mediante una llamada de Miller, acudirían voluntariamente al lugar donde debían ser sacrificadas. Cuando las trece víctimas hubieran sido sacrificadas, el suelo se abriría y mostraría los tesoros allí escondidos, que pertenecerían a los adeptos de la infernal secta creada por Miller. Estos, para conseguir esa fortuna, no deberían apoderarse de ninguno de los bienes materiales de sus víctimas, cosa que así sucedió.

—Pero Donken y Karr estuvieron en casa de Roberta Cawlins... —objeto Vinceton.

—Buscaban la moneda que debía tener ella y que no apareció —respondió Flaherty—. Para disimular, claro está, se llevaron algunos objetos personales, que han aparecido junto a su coche... y muchos otros automóviles más, en el fondo del lago, casi a setenta metros de profundidad.

—¿Cómo los llevaban tan lejos? —se asombró Ada.

—El pontón de pesca de Miller.

—Comprendo —dijo Vinceton—. Sí, en aquel lugar, un coche puede pasar desapercibido eternamente.

—Además, Miller preparaba pan drogado, pan de centeno, como pudieron ver ustedes

—Siguió el policía—. El decía que era el pan mágico, claro, pero, en realidad, contenía una pequeña dosis de alucinógeno, que hacía vencer las últimas resistencias de los componentes de su secta. —El índice de Flaherty golpeó las tapas del libro—. Lo curioso del caso es que aquí se describe exactamente el punto donde debían celebrarse las ceremonias.

—Quizá por eso le llamaban Hell's Hole —apuntó la muchacha.

—Es probable, pero no podemos menos de recordar que Claymore no está demasiado lejos de Salem. Hace algo más de doscientos años, hubo allí un célebre proceso, que finalizó con unas cuantas sentencias de muerte, para los supuestos brujos y brujas. Los condenados de Salem fueron descubiertos, en efecto, pero ¿cuántos más no pasaron desapercibidos en la comarca? Entre ellos, muy probablemente, el autor del libro.

—Y Miller lo encontró.

Y su mente enferma le hizo ir a Claymore, en donde se estableció y empezó a preparar todo, para conseguir la colaboración de los más débiles y quienes, al mismo tiempo, eran los más avariciosos. Y puesto que las víctimas acudían por sí solas, su fama se cimentó y ya todos le obedecían incondicionalmente.

—Menos una muchacha tenaz y valerosa —dijo Ada.

—Y un literato y una secretaria curiosos —sonrió Flaherty.

—Hay algo que me gustaría saber —manifestó Vinceton—. ¿Qué ha sido de Pulham?

—Desapareció. No se le ha vuelto a ver, aunque ha escrito una carta, explicando lo que hizo y sus motivos. Hace años, durante su servicio militar,

se especializó en demoliciones. Bien, compró dinamita y los elementos necesarios para la deflagración, y con la ayuda involuntaria de Linda McBratt, como les explicó, consiguió saber dónde se celebraría la próxima ceremonia. El resto...

—Sí —convino el joven—; a veces, aún me resuenan los oídos. Sin embargo, Nancy, designada primeramente como víctima, no había recibido ninguna de las monedas misteriosas.

—Bueno, Miller debía contentar también a sus secuaces... Y éstos sabían que Nancy podía ponerles en un compromiso, por lo que no discutieron siquiera la conveniencia del sacrificio, ya que también hacían otros digamos fuera del cupo, incluso con animales.

Flaherty se levantó. Vinceton se fijó en el libro.

—¿Qué piensas hacer con ese manual de conjuros? —preguntó.

—En la Biblioteca Pública resultará un elemento valioso —contestó el policía—.

Aunque aconsejaré a su director que no lo deje leer a cualquier persona.

—Yo lo quemaría —dijo Ada impulsivamente—. Puede que tenga mucho valor como libro antiguo..., pero algunas de las cosas que describe se han realizado.

Vinceton lanzó una exclamación.

—Y eso me recuerda algo.

Buscó en una consola y sacó una moneda de color oscuro. Tras sostenerla unos instantes con dos dedos, la arrojó al fuego.

Se oyó un agudo silbido que parecía brotar de las entrañas de la tierra. Las llamas rojas y amarillas se tomaron instantáneamente de color azul y verde, a la vez que un intenso hedor a azufre se expandía por el salón. Ada se mareó y Vinceton tuvo necesidad de abrir las ventanas, hasta que el mal olor se hubo disipado.

Cuando la atmósfera estuvo un poco más despejada, Vinceton sirvió un poco de brandy. Flaherty, ordinariamente resuelto y animoso, estaba ahora mortalmente pálido. Ahora se daba cuenta de que no todo habían sido fantasías en los conjuros lanzados por Miller.

—Déjenme solo unos momentos, por favor —rogó.

Vinceton y la muchacha abandonaron la biblioteca Desde el vestíbulo, escucharon unos horribles ruidos, como gritos de alguien que padeciese un espantoso tormento, atacado por una multitud de furiosas serpientes, que silbaban demoníacamente. Al cabo de un rato, Flaherty, desmadejado y sin aliento, apareció en la puerta de la biblioteca.

El policía tenía algo en la mano derecha. Vinceton vio brillar el pequeño crucifijo de metal, que Flaherty como buen irlandés católico, llevaba siempre pendiente del cuello.

—El Señor me ha ayudado a vencer al Maligno —dijo—. Ya no tendremos nada que temer de él.

Vinceton se adentró en la biblioteca. El fuego había recobrado su viveza y

coloridos habituales. En la estancia parecía haber un nuevo ambiente, más despejado, menos opresivo... No era católico, pero se santiguó instintivamente.

—Me voy —anunció Flaherty—. No contaré esto a nadie, porque no me creerían.

—Nosotros también callaremos —prometió el joven.

* * *

Algunos meses más tarde, a la entrada del siguiente invierno, y cuando la silueta de Ada mostraba ya las señales de una próxima maternidad, tuvieron noticias de Nancy. Claymore había vuelto a recobrar su ritmo normal y ella dirigía ahora el albergue, al que había añadido una taberna. Un joven forastero, que había ido a trabajar a Claymore, era su ayudante. Nancy decía que se casarían muy pronto.

Nadie iba por Hell's Hole, considerado como un lugar maldito. Pero las huellas de los horribles crímenes cometidos en aquella hoya empezaban a borrarse. Dentro de algunos años, pocos se acordarían ya de lo sucedido en aquellos parajes.

Lefty Pulham no fue perseguido por lo que había hecho. Aparte de ello, había desaparecido y se desconocía su paradero. Flaherty dijo en cierta ocasión que un subordinado suyo creía haberlo visto, pero no estaba muy seguro. Aunque lo habría arrestado, caso de haberse topado con él, Flaherty comprendía perfectamente los motivos de Pulham y no se esforzó, como tampoco sus amigos los policías del estado, por buscar a un hombre que había hecho justicia con unos depravados criminales.

Henry Davidson llamó en vísperas de Navidades, y no para felicitar las Pascuas a la pareja.

—Tienes una vista para los negocios que me hace sonrojar cada vez que lo pienso — dijo el agente de Bolsa—. La compañía que te hubiera dado dos millones por tu parte, ha quebrado ruidosamente. En caja no había suficiente para pagar una semana de salario a los empleados. En cuanto a la otra compañía, la de las acciones mineras..., bien, empezaron magníficamente, pero la veta se agotó en cuatro días. Estas acciones están otra vez por los suelos...

Vinceton sonrió al oír aquellas noticias.

—Ahora tengo algo muchísimo mejor que el dinero —contestó.

Miró a Ada y sonrió. Sí, Ada y el que iba a venir, valían más que todo el dinero del mundo.

FIN